



JACK MARS

OBJETIVO

CERO

LA SERIE DE SUSPENSO DE ESPÍAS DEL AGENTE CERO—LIBRO 2

La Serie de Suspenso De Espías del Agente Cero

Jack Mars
Objetivo Cero

«Lukeman Literary Management Ltd»

Mars J.

Objetivo Cero / J. Mars — «Lukeman Literary Management Ltd»,
— (La Serie de Suspense De Espías del Agente Cero)

Una de las mejores series de suspense que he leído este año. Books and Movie Reviews (con respecto a Por Todos Los Medios Necesarios) En esta continuación del libro #1 (AGENTE CERO) de la serie de espías de Kent Steele, OBJETIVO CERO (Libro #2) nos lleva a otro viaje salvaje y lleno de acción a través de Europa cuando el agente de élite de la CIA Kent Steele es convocado para detener un arma biológica antes de que destruya el mundo – todo mientras lidia con su propia pérdida de memoria. La vida sólo regresa fugazmente a la normalidad para Kent antes de que se encuentre convocado por la CIA para cazar a unos terroristas y detener otra crisis internacional – esta, potencialmente, aún más devastadora que la anterior. Sin embargo, con un asesino persiguiéndolo, una conspiración en su interior, topas a su alrededor y con una amante en quien apenas puede confiar, Kent parece condenado al fracaso. No obstante, su memoria está volviendo rápidamente y, con ella, destellos de los secretos de quién era, qué había descubierto – y por qué están tras él. Se da cuenta de que su propia identidad puede ser el secreto más peligroso de todos. OBJETIVO CERO es una serie de suspense y espionaje que te mantendrá pasando páginas tarde en la noche. Escritura de suspense en su esplendor. Midwest Book Review (con respecto a Por Todos Los Medios Necesarios) También está disponible la serie #1 mejor vendida de Jack Mars, las series de SUSPENSO DE LUKE STONE (7 libros) que comienzan con Por Todos Los Medios Necesarios (Libro #1), ¡en descarga gratuita con más de 800 calificaciones de 5 estrellas!

© Mars J.
© Lukeman Literary Management Ltd

Содержание

PRÓLOGO	9
CAPÍTULO UNO	15
CAPÍTULO DOS	21
CAPÍTULO TRES	26
CAPÍTULO CUATRO	33
CAPÍTULO CINCO	37
CAPÍTULO SEIS	42
CAPÍTULO SIETE	45
Конец ознакомительного фрагмента.	48

Jack Mars

Objetivo Cero

Jack Mars

Jack Mars es el autor bestseller de USA Today, autor de las series de suspenso de LUKE STONE, las cuales incluyen siete libros (y contando). También es el autor de la nueva serie de precuelas LA FORJA DE LUKE STONE y de la serie de suspenso del espía AGENTE CERO.

¡Jack ama escuchar de ti, así que, por favor siéntete libre de visitar www.jackmarsauthor.com suscríbete a su email, recibe un libro gratis, sorteos gratis, conéctate con Facebook y Twitter y mantente actualizado!

Derechos de autor © por Jack Mars. Todos los derechos reservados. Exceptuando los permitidos bajo el Acta de Derechos de Autor de Estados Unidos en 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, o almacenada en una base de datos o en un sistema de recuperación, sin previa autorización del autor. Este ebook está licenciado únicamente para su disfrute personal Este ebook no puede ser revendido o regalado a otras personas. Sí quieres compartir este libro con otra persona, por favor adquiere una copia adicional. Sí estás leyendo este libro y no lo has comprado o si no fue comprado para tu uso particular, por favor regrésalo y adquiere su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor. Este un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, negocios, organizaciones, lugares, eventos y los incidentes son o producto de la imaginación del autor o son usados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es enteramente coincidencia.

LIBROS POR JACK MARS

LUKE STONE THRILLER SERIES

POR TODOS LOS MEDIOS NECESARIOS (Libro #1)

LA SERIE DE ESPÍAS DE KENT STEELE

AGENTE CERO (Libro #1)

OBJETIVO CERO (Libro #2)

CACERÍA CERO (Libro #3)

Resumen de Agente Cero – Libro 1

Un profesor universitario y padre de dos hijas redescubre su pasado olvidado como agente de campo de la CIA. Se abre paso a través de Europa para encontrar la respuesta de por qué su memoria fue reprimida mientras desentrañaba un complot terrorista que amenazaba con matar a docenas de líderes mundiales

Agente Cero: El Profesor Reid Lawson fue secuestrado, y un supresor de memoria experimental fue arrancado de su cabeza, permitiendo que sus recuerdos olvidados como “el Agente de la CIA Kent Steele” regresaran, también conocido en todo el mundo como Agente Cero.

Maya y Sara Lawson: Las dos hijas adolescentes de Reid, de 16 y 14 años respectivamente, desconocen el pasado de su padre como agente de la CIA.

Kate Lawson: La esposa de Reid y la madre de sus dos hijas. Falleció repentinamente dos años antes por un accidente cerebro vascular isquémico.

Agente Alan Reidigger: El mejor amigo de Kent Steele y colega agente, Reidigger, le ayudó a instalar el supresor de memoria tras una mortífera masacre de Steele para localizar a un peligroso asesino.

Agente Maria Johansson: Una colega agente de campo y el interés amoroso de Kent Steele tras la muerte de su esposa, Johansson demostró ser un aliado improbable pero bienvenido mientras recuperaba su memoria y desenterraba el complot terrorista.

Amón: La organización terrorista Amón es una amalgama de varias facciones terroristas de todo el mundo. Su golpe maestro de bombardear el Foro Económico Mundial en Davos, mientras las autoridades estaban distraídas por los Juegos Olímpicos de Invierno, fue frustrado por el Agente Cero.

Rais: Un expatriado estadounidense convertido en asesino de Amón, Rais cree que su destino es matar al Agente Cero. En su lucha en los Juegos Olímpicos de Invierno en Sion, Suiza, Rais fue herido de muerte y dejado por muerto.

Agente Vicente Baraf: Baraf, un agente Italiano de Interpol, fue fundamental para ayudar a los Agentes Cero y Johansson a detener el complot de Amón para bombardear Davos.

Agente John Watson: Watson, un agente estoico y profesional de la CIA, rescató a las chicas de Reid de las manos de terroristas en un muelle de Nueva Jersey.

PRÓLOGO

“Dime, Renault”, dijo el hombre mayor. Sus ojos brillaban mientras veía la burbuja de café en la tapa de la cafetera entre ellos. “¿Por qué viniste aquí?”

El Dr. Cicero era un hombre amable, jovial, a quien le gustaba describirse a sí mismo como “cincuenta y ocho años joven”. Su barba se había vuelto gris a finales de los treinta y blanca a los cuarenta, y aunque normalmente bien recortada, se había vuelto delgada y rebelde en su época en la tundra. Llevaba una parka naranja brillante, pero poco hizo para silenciar la luz juvenil de sus ojos azules.

El joven francés se quedó un poco sorprendido por la pregunta, pero supo inmediatamente la respuesta, después de haberla ensayado en su cabeza muchas veces. “La OMS se puso en contacto con la universidad para solicitar asistentes de investigación. Ellos, a su vez, me lo ofrecieron”, explicó en inglés. Cicero era un griego nativo, y Renault de la costa sur de Francia, así que conversaron en una lengua compartida. “Para ser honesto, hubo otros dos a los que se les dio la oportunidad antes que a mí. Ambos lo rechazaron. Sin embargo, lo vi como una gran oportunidad para...”

“¡Bah!” El hombre mayor interrumpió con una sonrisa. “No estoy preguntando por los académicos, Renault. He leído su transcripción, así como su tesis sobre la mutación pronosticada de la gripe B. Estuvo bastante bien, debo añadir. No creo que yo podría haberlo escrito mejor”.

“Gracias, señor”.

Cicero se rio entre dientes. “Guarde su ‘señor’ para las salas de juntas y las recaudaciones de fondos. Aquí afuera somos iguales. Llámame Cicero. ¿Cuántos años tienes, Renault?”

“Veintiséis, señor... uh, Cicero”.

“Veintiséis”, dijo el viejo, pensativo. Calentó sus manos con el calor de la estufa del campamento. “¿Y casi terminas tu doctorado? Eso es muy impresionante. Pero lo que quiero saber es, ¿por qué estás *aquí*? Como dije, he revisado su expediente. Eres joven, inteligente, ciertamente guapo...” Cicero se rio. “Podrías haber conseguido una pasantía en cualquier parte del mundo, imagino. Pero en estos cuatro días que llevas con nosotros, no te he oído hablar de ti mismo. ¿Por qué aquí, de todos los lugares?”

Cicero hizo un gesto con la mano como para demostrar su punto de vista, pero era totalmente innecesario. La tundra Siberiana se extendía en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista, gris y blanca y totalmente vacía, excepto en el noreste, donde las montañas bajas se extendían perezosamente, cubiertas de blanco.

Las mejillas de Renault se volvieron ligeramente rosadas. “Bueno, si soy sincero, Doctor, vine aquí a estudiar a su lado”, admitió. “Soy un admirador suyo. Su trabajo para impedir el brote del virus Zika fue realmente inspirador”.

“¡Bueno!”, dijo Cicero calurosamente. “Los halagos te llevarán a todas partes – o al menos a un asado belga”. Puso una gruesa manopla sobre su mano derecha, levantó la cafetera de la estufa de butano del campamento y sirvió dos tazas de plástico de café rico y humeante. Era uno de los pocos lujos que tenían disponibles en el desierto Siberiano.

El hogar, durante los últimos veintisiete días de la vida del Dr. Cicero, había sido el pequeño campamento establecido a unos ciento cincuenta metros de la orilla del Río Kolima. El asentamiento estaba compuesto por cuatro tiendas de neopreno con cúpula, un toldo de lona cerrado en un lado para protegerse del viento y una sala limpia de Kevlar semipermanente. Era bajo el toldo de lona que los dos hombres estaban actualmente de pie, haciendo café sobre una estufa de dos hornillas en medio de las mesas plegables que contenían microscopios, muestras de permafrost, equipos de arqueología, dos computadoras robustas para todo tipo de clima y una centrifugadora.

“Oh”, dijo Cicero. “Es casi la hora de nuestro turno”. Sorbió el café con los ojos cerrados, y un suave gemido de placer escapó de sus labios. “Me recuerda a casa”, dijo en voz baja. “¿Tienes a alguien esperándote, Renault?”

“Sí”, contestó el joven. “Mi Claudette”.

“Claudette”, repitió Cicero. “Un nombre encantador. ¿Casado?”

“No”, dijo Renault simplemente.

“Es importante tener algo que anhelar en nuestra línea de trabajo”, dijo Cicero con nostalgia. “Te da perspectiva en medio del desapego que a menudo es necesario. Treinta y tres años he llamado a Phoebe mi esposa. Mi trabajo me ha llevado por toda la tierra, pero ella siempre está ahí para mí cuando regreso. Mientras estoy fuera, sufro, pero vale la pena; cada vez que llego a casa es como volver a enamorarme. Como dicen, la ausencia hace que el corazón se encariñe más”.

Renault sonrió. “No hubiera imaginado a un virólogo como un romántico”, reflexionó.

“Los dos no son mutuamente excluyentes, hijo mío”. El doctor frunció un poco el ceño. “Y sin embargo... no creo que sea Claudette la que más te atormenta. Eres un joven pensativo, Renault. Más de una vez te he visto mirando la cima de la montaña como buscando respuestas”.

“Creo que puede haber perdido su verdadera vocación, Doctor”, dijo Renault. “Deberías haber sido sociólogo”. La sonrisa se disipó de sus labios y añadió: “Pero tienes razón. He aceptado esta tarea no sólo por la capacidad de trabajar a su lado, sino también porque me he dedicado a una causa... una causa basada en la creencia. Sin embargo, tengo miedo de adónde me lleve esa creencia”.

Cicero asintió a sabiendas. “Como dije, el desapego es a menudo necesario en nuestra línea de trabajo. Hay que aprender a ser desapasionado”. Puso una mano en el hombro del joven. “Tómalo de alguien con algunos años detrás de él. La creencia es una poderosa motivación, sin duda, pero a veces las emociones tienden a desdibujar nuestro juicio, a embotar nuestras mentes”.

“Tendré cuidado. Gracias, señor”. Renault sonrió tímidamente. “Cicero. Gracias”.

De repente, el walkie-talkie graznó intrusivamente desde la mesa a su lado, rompiendo el silencio introspectivo del dosel.

“Dr. Cicero”, dijo una voz femenina con un acento irlandés. Era la Dra. Bradlee, llamando desde la excavación cercana. “Hemos desenterrado algo. Vas a querer ver esto. Trae la caja. Cambio”.

“Estaremos allí en un momento”, dijo el Dr. Cicero en la radio. “Cambio”. Sonrió paternalmente a Renault. “Parece que nos han llamado temprano. Deberíamos ponernos los trajes”.

Los dos hombres dejaron las tazas todavía humeantes y corrieron a la sala limpia de Kevlar, entrando en la primera antecámara para vestirse con los trajes de descontaminación de color amarillo brillante que la Organización Mundial de la Salud les había proporcionado. Se colocaron primero los guantes y las botas de plástico, sellados en las muñecas y en los tobillos, antes de los monos de trabajo de cuerpo entero, la capucha y, finalmente, la capucha y la mascarilla de respiración.

Se vistieron rápidamente, pero en silencio, casi con reverencia, usando el breve intervalo no sólo como uno de transformación física, sino también mental, desde sus bromas agradables y casuales hasta la mentalidad sombría requerida para su línea de trabajo.

A Renault no le gustaban los trajes de descontaminación. Hicieron que el movimiento fuera lento y el trabajo tedioso. Pero eran absolutamente necesarios para llevar a cabo su investigación: localizar y verificar uno de los organismos más peligrosos conocidos por la humanidad.

Cicero y él salieron de la antecámara y se dirigieron hacia la orilla del Kolima, el río helado de lento movimiento que corría al sur de las montañas y ligeramente hacia el este, hacia el océano.

“La caja”, dijo Renault de repente. “Yo lo recogeré”. Se apresuró a volver al dosel para recuperar el recipiente de la muestra, un cubo de acero inoxidable cerrado con cuatro ganchos, un símbolo de peligro biológico blasonado en cada uno de sus seis lados. Regresó trotando a Cicero, y los dos reanudaron su apresurada caminata hacia el sitio de excavación.

“Sabes lo que ocurrió no muy lejos de aquí, ¿verdad?” preguntó Cicero a través de su respirador mientras caminaban.

“Lo sé”. Renault había leído el informe. Hace cinco meses, un niño de 12 años de una aldea local se enfermó poco después de haber ido a buscar agua al Kolima. Al principio se pensó que el río estaba contaminado, pero a medida que los síntomas se manifestaron, la imagen se hizo más clara. Los investigadores de la OMS se movilizaron inmediatamente después de enterarse de la enfermedad y se inició una investigación.

El niño había contraído la viruela. Más específicamente, había caído enfermo con una tensión nunca antes vista por el hombre moderno.

La investigación finalmente condujo al cadáver de un caribú cerca de las orillas del río. Después de pruebas exhaustivas, se confirmó la hipótesis: el caribú había muerto más de doscientos años antes, y su cuerpo se había convertido en parte del permafrost. La enfermedad que llevaba se congeló con ella, durmiendo – hasta hace cinco meses.

“Es una simple reacción en cadena”, dijo Cicero. “Al derretirse los glaciares, el nivel del agua y la temperatura del río aumentan. Eso, a su vez, descongela el permafrost. ¿Quién sabe qué enfermedades podrían acechar en este hielo? Es posible que algunos puedan ser anteriores a la humanidad”. Había una tensión en la voz del doctor que no era sólo preocupación, sino un borde de emoción. Después de todo, era su medio de vida.

“Leí que en 2016 encontraron ántrax en un suministro de agua, causado por un casquete polar derretido”, comentó Renault.

“Es verdad. Me llamaron para ese caso. Así como para el de gripe española encontrado en Alaska”.

“¿Qué pasó con el niño?”, preguntó el joven francés. “El caso de la viruela de hace cinco meses”. Sabía que el niño, junto con otros quince de su aldea, había sido puesto en cuarentena, pero ahí fue donde terminó el informe.

“Falleció”, dijo Cicero. No había emoción en su voz; no como cuando habló de su esposa, Phoebe. Después de décadas en su línea de trabajo, Cicero había aprendido el sutil arte del desapego. “Junto con otros cuatro. Pero de ahí surgió una vacuna adecuada para la cepa, así que sus muertes no fueron en vano”.

“Aun así”, dijo Renault en voz baja, “es una pena”.

A menos de un tiro de piedra de la orilla del río estaba el sitio de la excavación, un trozo de tundra de veinte metros cuadrados acordonado con estacas metálicas y cinta adhesiva de color amarillo brillante. Era el cuarto sitio de este tipo que el equipo de investigación había creado durante su investigación hasta el momento.

Otros cuatro investigadores en trajes de descontaminación estaban dentro de la plaza acordonada, todos encorvados sobre un pequeño pedazo de tierra cerca de su centro. Uno de ellos vio a los dos hombres que venían y se apresuró a acercarse.

Era la Dra. Bradlee, una arqueóloga en préstamo por la Universidad de Dublín. “Cicero”, dijo ella, “hemos encontrado algo”.

“¿Qué es?” preguntó mientras se agachaba y se deslizaba bajo la cinta de procedimiento. Renault le siguió.

“Un brazo”.

“¿Perdón?” Dijo Renault.

“Muéstrame”, dijo Cicero.

Bradlee lideró el camino hacia el parche de permafrost excavado. Escarbar en el permafrost – y hacerlo con cuidado – no era una tarea fácil, Renault. Las capas más altas de tierra congelada se descongelaban comúnmente en el verano, pero las capas más profundas se llamaban así porque estaban permanentemente congeladas en las regiones polares. El hoyo que Bradlee y su equipo habían cavado era de casi dos metros de profundidad y lo suficientemente ancho como para que un hombre adulto se acostara en él.

No muy diferente a una tumba, pensó Renault con tristeza.

Y fiel a su palabra, los restos congelados de un brazo humano parcialmente descompuesto eran visibles en el fondo del agujero, retorcidos, casi esqueléticos, y ennegrecidos por el tiempo y la tierra.

“Dios mío”, dijo Cicero casi susurrando. “¿Sabes qué es esto, Renault?”

“¿Un cuerpo?”, se aventuró. Al menos esperaba que el brazo estuviera unido a más.

Cicero habló rápidamente, gesticulando con sus manos. “En la década de 1880, existía un pequeño asentamiento no muy lejos de aquí, a orillas del Kolima. Los colonos originales eran nómadas, pero a medida que su número crecía, tenían la intención de construir una aldea aquí. Entonces sucedió lo impensable. Una epidemia de viruela se extendió a través de ellos, matando al cuarenta por ciento de su tribu en cuestión de días. Creían que el río estaba maldito, y los supervivientes se fueron rápidamente.

“Pero antes de hacerlo, enterraron a sus muertos – aquí mismo, en una fosa común a orillas del Río Kolima”. Señaló al agujero, al brazo. “Las aguas de la inundación están erosionando los bancos. El derretimiento del permafrost pronto descubriría estos cuerpos, y todo lo que se necesitaría después de eso es un poco de fauna local para recogerlos y convertirse en portador antes de que pudiéramos estar enfrentando una nueva epidemia”.

Renault se olvidó de respirar por un momento mientras observaba a uno de los investigadores vestidos de amarillo, en el agujero, raspando muestras del brazo en descomposición. El descubrimiento fue muy emocionante; hasta hace cinco meses, el último brote natural conocido de viruela había ocurrido en Somalia, en 1977. La Organización Mundial de la Salud había declarado erradicada la enfermedad en 1980, pero ahora se encontraban al borde de una tumba literal que se sabe que está infectada con un virus peligroso que podría diezmar la población de una gran ciudad en pocos días – y su trabajo consistía en desenterrarla, verificarla y enviar muestras a la OMS.

“Ginebra tendrá que confirmarlo”, dijo Cicero en voz baja, “pero si mi especulación es correcta, acabamos de desenterrar una cepa de viruela de ocho mil años de antigüedad”.

“¿Ocho mil?” preguntó Renault. “Creí que habías dicho que el asentamiento fue a finales del siglo XIX”.

“¡Ah, sí!”, dijo Cicero. “Pero la pregunta es, ¿cómo es que – una tribu nómada aislada – la contrajo? De manera similar, me imagino. Cavando el suelo y tropezando con algo congelado desde hace mucho tiempo. Esta cepa encontrada en el cadáver de caribú descongelado hace cinco meses se remonta al comienzo de la época del Holoceno”. El virólogo de más edad no podía apartar los ojos del brazo que sobresalía de la suciedad congelada que había debajo. “Renault, trae la caja, por favor”.

Renault recuperó la caja de muestras de acero y la colocó en la tierra congelada cerca del borde del agujero. Abrió los cuatro cierres que la sellaban y levantó la tapa. Dentro, donde había guardado antes, había una MAB PA-15. Era una pistola vieja, pero no pesada, que pesaba unos dos kilos y estaba completamente cargada con un cargador de quince balas y una en la recámara.

El arma había pertenecido a su tío, un veterano del ejército francés que había luchado en Magreb y Somalia. Sin embargo, al joven francés no le gustaban las armas; eran demasiado directas, demasiado discriminatorias y demasiado artificiales para su gusto. No como un virus —la máquina perfecta de la naturaleza, capaz de aniquilar especies enteras, tanto sistemáticas como acrílicas al mismo tiempo. Sin emoción, inflexible y precipitado; todo lo cual necesitaba estar en el momento.

Metió la mano en la caja de acero y envolvió la pistola, pero vaciló un poco. No quería usar el arma. De hecho, se había encariñado con el optimismo contagioso de Cicero y el brillo en los ojos del anciano.

Pero todas las cosas deben llegar a su fin, pensó. La próxima experiencia nos espera.

Renault estaba de pie con la pistola en la palma de su mano. Accionó el seguro y disparó sin pasión a los dos investigadores a ambos lados del agujero, a quemarropa en el pecho.

La Dra. Bradlee emitió un grito de sorpresa ante el repentino y estridente sonido del arma. Se echó hacia atrás, cubriendo dos pasos antes de que Renault le disparara dos veces. El doctor inglés,

Scott, hizo un débil intento de salir del hoyo antes de que el francés lo enterrara con un solo disparo en la parte superior de su cabeza.

Los disparos eran estruendosos, ensordecedores, pero no había nadie alrededor en cien millas para escucharlos. Casi nadie.

Cicero estaba anclado en el lugar, paralizado por el shock y el miedo. Le había tomado a Renault sólo siete segundos terminar con cuatro vidas – sólo siete segundos para que la expedición de investigación se convirtiera en un asesinato en masa.

Los labios del doctor mayor temblaban detrás de su respirador mientras intentaba hablar. Por fin tartamudeó dos palabras: “¿Por qué?”

La mirada helada de Renault era estoica, tan distante como cualquier virólogo tendría que ser. “Doctor”, dijo en voz baja, “estás hiperventilando. Quítese el respirador antes de que se desmaye”.

El aliento de Cicero se agitaba y se aceleraba, superando la capacidad de la mascarilla de respiración. Su mirada revoloteó desde el arma en la mano de Renault, sostenida casualmente a su lado, hasta el agujero en el que el Dr. Scott yacía muerto. “Yo... yo no puedo”, tartamudeó Cicero. Quitarse la mascarilla de respiración sería someterse potencialmente a la enfermedad. “Renault, por favor...”

“Mi nombre no es Renault”, dijo el joven. “Es Cheval – Adrian Cheval. Había un Renault, un estudiante universitario al que se le otorgó esta pasantía. Ahora está muerto. Fue su transcripción, y su trabajo, lo que leyó”.

Los ojos inyectados de sangre de Cicero se abrieron aún más. Los bordes de su visión se volvieron borrosos y oscuros con la amenaza de perder el conocimiento. “Yo no... yo no entiendo... ¿por qué?”

“Dr. Cicero, por favor. Quítese el respirador. Si vas a morir, ¿no preferirías que fuera con dignidad? De cara al sol, ¿en lugar de detrás de una máscara? Si pierdes el conocimiento, te aseguro que nunca despertarás”.

Con los dedos temblando, Cicero levantó lentamente la mano y tiró de la apretada capucha amarilla por encima de su pelo con rayas blancas. Luego agarró el respirador y la máscara y se la quitó. El sudor que tenía en la frente se enfrió instantáneamente y se congeló.

“Quiero que sepas”, dijo el francés, Cheval, “que te respeto de verdad a ti y a tu trabajo, Cicero. No me complace hacer esto”.

“Renault – o Cheval, quienquiera que seas – escucha la razón”. Con el respirador apagado, Cicero recuperó lo suficiente de sus facultades como para hacer una súplica. Sólo podía haber una motivación para que el joven que estaba ante él cometiera tal atrocidad. “Lo que sea que estés planeando hacer con esto, por favor, reconsidéralo. Es extremadamente peligroso...”

Cheval suspiró. “Soy consciente, Doctor. Verá, yo era un estudiante de la Universidad de Estocolmo, y realmente estaba haciendo mi doctorado. El año pasado, sin embargo, cometí un error. Falsifiqué las firmas de la facultad en un formulario para obtener muestras de un enterovirus raro. Lo descubrieron. Me expulsaron”.

“Entonces... entonces déjame ayudarte”, suplicó Cicero. “Puedo firmar tal petición. Puedo ayudarte con tu investigación. Cualquier cosa menos esto...”

“Investigación”, musitó Cheval en voz baja. “No, Doctor. No es investigación lo que busco. Mi gente está esperando y no son hombres pacientes”.

Los ojos de Cicero se abrieron de par en par. “Nada bueno saldrá de ello. Ya lo sabes”.

“Te equivocas”, dijo el joven. “Muchos morirán, sí. Pero morirán noblemente, preparando el camino para un futuro mucho mejor”, Cheval alejó la mirada. No quería disparar al amable y viejo doctor. “Pero tenías razón en una cosa. Mi Claudette, ella es real. Y la ausencia hace que el corazón se encariñe más. Debo irme ahora, Cicero, y tú también. Pero te respeto, y estoy dispuesto a conceder una última petición. ¿Hay algo que quieras decirle a tu Phoebe? Tienes mi palabra de que entregaré el mensaje”.

Cicero agitó lentamente la cabeza. “No hay nada tan importante que decirle que enviaría a un monstruo como tú a su camino”.

“Muy bien. Adiós, Doctor”. Cheval levantó la PA-15 y disparó un solo tiro en la frente de Cicero. La herida se llenó mientras el viejo doctor se tambaleaba y colapsaba en la tundra.

En el impresionante silencio que siguió, Cheval se tomó un momento y, arrodillado, murmuró una breve oración. Luego se dedicó a su trabajo.

Limpió la muchedumbre de huellas y pólvora y la arrojó al helado y fluido Río Kolima. Luego hizo rodar los cuatro cuerpos en el agujero para unirse al Dr. Scott. Con una pala y un pico, pasó noventa minutos cubriéndolos y al brazo expuesto en descomposición con tierra parcialmente congelada. Desmontó el lugar de la excavación, sacando las estacas y quitando la cinta de procedimiento. Se tomó su tiempo, trabajando meticulosamente – nadie intentaría siquiera ponerse en contacto con el equipo de investigación durante otras ocho o doce horas, y pasaría por lo menos veinticuatro antes de que la OMS enviara a alguien al lugar. Una investigación ciertamente arrojaría los cuerpos enterrados, pero Cheval no estaba dispuesto a ponérselos fáciles.

Por último, tomó las ampollas de vidrio que contenían las muestras del brazo en descomposición y las introdujo cuidadosamente, una por una, en los cubos de poliestireno seguros de la caja de acero inoxidable, sabiendo al mismo tiempo que cualquiera de ellas tenía el poder de ser asombrosamente mortal. Luego selló los cuatro ganchos y llevó las muestras de vuelta al campamento.

En la sala limpia improvisada, Cheval entró en la ducha de descontaminación portátil. Seis boquillas lo rociaron desde todos los ángulos con agua caliente y un emulsionante incorporado. Una vez terminado, se quitó cuidadosa y metódicamente el traje amarillo de materiales de protección, dejándolo en el suelo de la tienda. Era posible que sus pelos o saliva, factores identificadores, pudieran estar en el traje – pero tenía un último paso que dar.

En la parte trasera del jeep todo terreno de Cicero había dos bidones rectangulares rojos de gasolina. Sólo se necesitaría uno para que volviera a la civilización. El otro lo tiró generosamente sobre la sala limpia, las cuatro tiendas de neopreno y el toldo de lona.

Luego encendió el fuego. El resplandor se elevó rápida e instantáneamente, haciendo que el humo negro y aceitoso se elevara hacia el cielo. Cheval subió al jeep con la caja de muestras de acero y se marchó. No aceleró y no miró al espejo retrovisor para ver cómo ardía el sitio. Se tomó su tiempo.

El Imán Khalil estaría esperando. Pero el joven francés aún tenía mucho que hacer antes de que el virus estuviera listo.

CAPÍTULO UNO

Reid Lawson miró a través de las persianas de su oficina en casa por décima vez en menos de dos minutos. Se estaba poniendo ansioso; el autobús ya debería haber llegado.

Su oficina estaba en el segundo piso, el más pequeño de los tres dormitorios de su nueva casa en Spruce Street en Alejandría, Virginia. Era un contraste bienvenido con el estrecho y encajonado armario de un estudio que tenía en el Bronx. La mitad de sus cosas estaban desempacadas; el resto aún estaban en cajas que yacían esparcidas por toda la habitación. Sus estanterías estaban construidas, pero sus libros estaban apilados en orden alfabético en el piso. Las únicas cosas que se había tomado el tiempo para construir y organizar completamente fueron su escritorio y su computadora.

Reid se había dicho a sí mismo que hoy iba a ser el día en que finalmente se recuperaría, casi un mes después de mudarse, y terminaría de desempacar la oficina.

Había llegado tan lejos como para abrir una caja. Era un comienzo.

El autobús nunca llega tarde, pensó. Siempre están aquí entre las tres y veintitrés y las tres y veinticinco. Son las tres y treinta y uno.

Voy a llamarlas.

Agarró su celular del escritorio y marcó el número de Maya. Caminaba mientras sonaba, tratando de no pensar en todas las cosas horribles que podrían haberles pasado a sus hijas entre la escuela y el hogar.

La llamada fue al buzón de voz.

Reid bajó apresuradamente las escaleras hasta el vestíbulo y se puso una chaqueta ligera; Marzo en Virginia era considerablemente más favorable que en Nueva York, pero todavía un poco frío. Con las llaves del coche en la mano, introdujo el código de seguridad de cuatro dígitos en el panel de la pared para armar el sistema de alarma en el modo “ausente”. Sabía la ruta exacta que tomaba el autobús; podía dar marcha hasta la escuela secundaria si lo necesitaba, y...

Tan pronto como se abrió la puerta principal, el autobús amarillo brillante siseó hasta detenerse al final de su entrada.

“Pillado”, murmuró Reid. No podía volver a la casa. Sus dos hijas adolescentes se bajaron del autobús y bajaron por el pasillo, deteniéndose justo al lado de la puerta que ahora él bloqueaba mientras el autobús se alejaba de nuevo.

“Hola, chicas”, dijo lo más brillantemente posible. “¿Cómo estuvo la escuela?”

Su hija mayor, Maya, le lanzó una mirada sospechosa mientras se cruzaba de brazos. “¿Adónde vas?”

“Um... a recoger el correo”, le dijo.

“¿Con las llaves de tu coche?” Ella señaló a su puño, que en realidad estaba agarrando las llaves de su todoterreno plateado. “Inténtalo de nuevo”.

Sí, pensó. *Pillado*. “El autobús llegó tarde. Y ya sabes lo que dije, si vas a llegar tarde, tienes que llamar. ¿Y por qué no contestaste el teléfono? Intenté llamar...”

“Seis minutos, Papá”. Maya agitó la cabeza. “Seis minutos no es ‘tarde’. Seis minutos es tráfico. Hubo un accidente en Vine”.

Se hizo a un lado cuando entraron en la casa. Su hija menor, Sara, le dio un breve abrazo y un murmullo de “Hola, Papi”.

“Hola, cariño”. Reid cerró la puerta detrás de ellos, la trabó con llave y volvió a introducir el código en el sistema de alarma antes de volver a Maya. “Tráfico o no, quiero que me avises cuando llegues tarde”.

“Estás neurótico”, murmuró.

“¿Perdona?” Reid parpadeó sorprendido. “Parece que confundes neurosis con preocupación”.

“Oh, por favor”, replicó Maya. “No nos has perdido de vista en semanas. No desde que volviste”.

Ella tenía, como de costumbre, razón. Reid siempre había sido un padre protector, y había crecido más cuando su esposa y su madre, Kate, murió hace dos años. Pero durante las últimas cuatro semanas, se había convertido en un verdadero padre helicóptero, flotando y (para ser honesto) quizás estaba siendo un poco dominante.

Pero no iba a admitirlo.

“Mi querida y dulce hija”, reprendió, “a medida que te conviertes en adulto, tendrás que aprender una verdad muy dura – que a veces te equivocas. Y ahora mismo, estás equivocada”. Él sonrió, pero ella no. Estaba en su naturaleza tratar de difuminar la tensión con sus hijas usando el humor, pero Maya no lo estaba teniendo.

“Lo que sea”. Bajó por el vestíbulo y entró en la cocina. Tenía dieciséis años y era asombrosamente inteligente para su edad – a veces, al parecer, demasiado para su propio bien. Tenía el cabello oscuro de Reid y una inclinación por el discurso dramático, pero últimamente parecía haber ganado una tendencia hacia la angustia adolescente o, al menos, el mal humor... probablemente causado por una combinación del constante merodeo de Reid y la desinformación obvia sobre los eventos que habían ocurrido el mes anterior.

Sara, la menor de sus dos hijas, subió corriendo por las escaleras. “Voy a empezar con mi tarea”, dijo en voz baja.

Dejado solo en el vestíbulo, Reid suspiró y se apoyó en una pared blanca. Su corazón se rompió por sus chicas. Sara tenía catorce años, y en general era vibrante y dulce, pero cada vez que el tema surgía de lo que había sucedido en febrero, ella se callaba o abandonaba rápidamente la habitación. Ella simplemente no quería hablar de ello. Pocos días antes, Reid había intentado invitarla a ver a un terapeuta, un tercero neutral con el que podía hablar. (Por supuesto, tendría que ser un médico afiliado a la CIA). Sara se negó con un simple y sucinto “no, gracias” y salió corriendo de la habitación antes de que Reid pudiera decir otra palabra.

Odiaba ocultar la verdad a sus hijas, pero era necesario. Fuera de la agencia y de la Interpol, nadie podía saber la verdad – que hace apenas un mes había recuperado una parte de su memoria como agente de la CIA bajo el alias de Kent Steele, también conocido por sus pares y enemigos como Agente Cero. Un supresor de memoria experimental en su cabeza le había hecho olvidar todo sobre Kent Steele y su trabajo como agente durante casi dos años, hasta que el dispositivo fue arrancado de su cráneo.

La mayoría de sus recuerdos de Kent aún estaban perdidos para él. Estaban ahí dentro, encerrados en algún lugar de los recesos de su cerebro, pero entraban goteando como un grifo que goteaba, generalmente cuando un aviso visual o verbal los sacudía. La eliminación salvaje del supresor de memoria había hecho algo en su sistema límbico que evitó que los recuerdos volvieran de una sola vez – y Reid se alegró en su mayor parte por ello. Basado en lo poco que sabía de su vida como Agente Cero, no estaba seguro de quererlos a todos de vuelta. Su mayor temor era que recordara algo que no quisiera que le recordaran, algún arrepentimiento doloroso o un acto horrible que Reid Lawson nunca podría soportar.

Además, había estado muy ocupado desde las actividades de febrero. La CIA le ayudó a reubicar a su familia; a su regreso a los Estados Unidos, sus hijas y él fueron enviados a Alejandría, en Virginia, a corta distancia de Washington, DC. La agencia le ayudó a conseguir un puesto de profesor adjunto en la Universidad de Georgetown.

Desde entonces, todo ha sido un torbellino de actividad: matricular a las niñas en una nueva escuela, aclimatarse a su nuevo trabajo y mudarse a la casa de Virginia. Pero Reid había jugado un papel importante para distraerse creando mucho trabajo para sí mismo. Pintó las habitaciones. Mejoró los electrodomésticos. Compró muebles nuevos y ropa nueva para la escuela para las niñas. Se lo podía permitir; la CIA le había concedido una suma considerable por su participación en la detención de la organización terrorista llamada Amón. Era más de lo que ganaba anualmente como profesor. Lo estaban entregando en cuotas mensuales para evitar el escrutinio. Los cheques llegaron

a su cuenta bancaria como un honorario de consultoría de una empresa editorial falsa que afirmaba estar creando una serie de futuros libros de texto de historia.

Entre el dinero y sus abundantes cantidades de tiempo libre – sólo estaba dando unas cuantas conferencias a la semana en ese momento – Reid se mantenía tan ocupado como podía. Porque detenerse unos instantes significaba pensar, y pensar significaba reflexionar, no sólo sobre su memoria fracturada, sino sobre otras cosas igualmente desagradables.

Como los nueve nombres que había memorizado. Las nueve caras que había escudriñado. Las nueve vidas que se habían perdido a causa de su fracaso.

“No”, murmuró en voz baja, solo en el vestíbulo de su nuevo hogar. “No te hagas eso a ti mismo”. No quería que se lo recordaran ahora. En vez de eso, se dirigió a la cocina, donde Maya estaba escarbando en el refrigerador en busca de algo para comer.

“Creo que ordenaré pizza”, anunció. Cuando ella no dijo nada, él añadió: “¿Qué te parece?”

Cerró la nevera con un suspiro y se apoyó en ella. “Está bien”, dijo simplemente. Luego miró a su alrededor. “La cocina es más bonita. Me gusta el tragaluz. El patio también es más grande”.

Reid sonrió. “Me refería a la pizza”.

“Lo sé”, contestó ella encogiéndose de hombros. “Parece que prefieres evitar el tema en cuestión últimamente, así que pensé que yo también lo haría”.

Volvió a retroceder ante su descaro. En más de una ocasión ella le había pedido información sobre lo que había pasado cuando desapareció, pero la conversación siempre terminaba con él insistiendo en que su tapadera era la verdad, y ella se enfadaba porque sabía que él estaba mintiendo. Luego lo dejaba por una semana más o menos antes de que el círculo vicioso comenzara de nuevo.

“No hay necesidad de ese tipo de actitud, Maya”, dijo.

“Voy a ver cómo está Sara”. Maya se giró sobre su talón y se fue de la cocina. Un momento después escuchó sus pies golpeando las escaleras.

Pellizcó el puente de su nariz con frustración. Eran momentos como estos los que más extrañaba a Kate. Siempre supo qué decir. Ella habría sabido cómo manejar a dos adolescentes que habían pasado por lo que sus hijas habían pasado.

Su fuerza de voluntad para continuar con la mentira se estaba debilitando. No se atrevió a recitar su cubierta una vez más, la que la CIA le había proporcionado para contarle a su familia y colegas donde había desaparecido durante una semana. La historia cuenta que agentes federales habían llegado a su puerta, exigiéndole su ayuda en un caso importante. Como profesor de la Ivy League, Reid estaba en una posición única para ayudarles con la investigación. Por lo que las niñas sabían, había pasado la mayor parte de esa semana en una sala de conferencias, estudiando libros y mirando la pantalla de una computadora. Eso era todo lo que se le permitía decir, y no podía compartir detalles con ellos.

Ciertamente no podía contarles sobre su pasado clandestino como Agente Cero, o que había ayudado a impedir que Amón bombardeara el Foro Económico Mundial en Davos, Suiza. No podía decirles que él solo había matado a más de una docena de personas en el transcurso de sólo unos días, todas y cada una de ellas un conocido terrorista.

Tuvo que ceñirse a su vaga historia de cubierta, no sólo por el bien de la CIA, sino también por la seguridad de las niñas. Mientras él estaba fuera, sus dos hijas se vieron obligadas a huir de Nueva York, pasando varios días solas antes de ser recogidas por la CIA y llevadas a una casa segura. Casi habían sido secuestradas por un par de radicales de Amón, un pensamiento que todavía hacía que los pelos del cuello de Reid se pusieran de punta, porque significaba que el grupo terrorista tenía miembros en los Estados Unidos. Esto ciertamente dio paso a su naturaleza sobreprotectora en los últimos tiempos.

A las niñas se les había dicho que los dos hombres que trataron de acosarlas eran miembros de una banda local que estaba secuestrando niños en la zona. Sara parecía un poco escéptica con respecto a la historia, pero la aceptó con el argumento de que su padre no le mentiría (lo que, por

supuesto, hizo que Reid se sintiera aún más mal). Eso, más su aversión total al tema, hizo que fuera fácil eludir el tema y seguir adelante con la vida.

Maya, por otro lado, era totalmente dudosa. No sólo era lo suficientemente inteligente como para saberlo mejor, sino que había estado en contacto con Reid a través de Skype durante el calvario y, al parecer, había reunido suficiente información por su cuenta como para hacer algunas suposiciones, ya que ella misma había sido testigo de primera mano de la muerte de los dos radicales a manos del Agente Watson, y no había vuelto a ser la misma desde entonces.

Reid no sabía qué hacer, aparte de tratar de continuar con la vida con la mayor normalidad posible.

Reid sacó su teléfono celular y llamó a la pizzería al final de la calle, pidiendo dos pizzas medianas, una con queso extra (la favorita de Sara) y la otra con salchichas y pimientos verdes (la favorita de Maya).

Mientras colgaba, oyó pisadas en las escaleras. Maya regresó a la cocina. “Sara está durmiendo la siesta”.

“¿Otra vez?” Parecía que Sara había estado durmiendo mucho durante el día últimamente. “¿No está durmiendo por la noche?”

Maya se encogió de hombros. “No lo sé. Tal vez deberías preguntarle a ella”.

“Lo intenté. Ella no me dirá nada”.

“Tal vez sea porque no entiende lo que pasó”, sugirió Maya.

“Les dije a las dos lo que pasó”. *No me hagan decirlo de nuevo*, pensó desesperadamente. *Por favor, no me hagas mentirte en la cara otra vez*.

“Tal vez está asustada”, continuó Maya. “Tal vez porque sabe que su padre, en quien se supone que puede confiar, le está *mintiendo*...”

“Maya Joanne”, advirtió Reid, “querrás elegir cuidadosamente tus próximas palabras...”

“¿Quizá no sea la única!” Maya no parecía estar retrocediendo. Esta vez, no. “Tal vez yo también tengo miedo”.

“Estamos a salvo aquí”, le dijo Reid con firmeza, tratando de sonar convincente, aunque él mismo no lo creyera del todo. Se le estaba formando un dolor de cabeza en la parte delantera del cráneo. Sacó un vaso del armario y lo llenó con agua fría del grifo.

“Sí, y *pensamos* que estábamos a salvo en Nueva York”, le disparó Maya. “Tal vez si supiéramos lo que está pasando, en lo que realmente estás metido, las cosas serían más fáciles. Pero no”. No importaba si era su incapacidad de dejarlas solas durante veinte minutos o sus sospechas sobre lo que había sucedido. Ella quería respuestas. “Sabes muy bien por lo que pasamos. ¡Pero no tenemos ni idea de lo que te ha pasado!” Estaba casi gritando. “Adónde fuiste, qué hiciste, cómo te lastimaste...”

“Maya, lo juro...” Reid puso el vaso sobre el mostrador y señaló con un dedo de advertencia en su dirección.

“¿Jurar qué?”, dijo ella. “¿Para decir la verdad? ¡Entonces dímelo!”

“¡No *puedo* decirte la verdad!”, gritó. Mientras lo hacía, sacó los brazos a los costados. Una mano barrió el vaso de agua de la encimera.

Reid no tuvo tiempo para pensar o reflexionar. Sus instintos se accionaron y, en un gesto rápido y suave, se agachó de rodillas y atrapó el cristal en el aire antes de que se estrellara contra el suelo.

Inmediatamente succionó un aliento de pesar cuando el agua se derramó, apenas una gota.

Maya miró fijamente, con los ojos muy abiertos, aunque no sabía si su sorpresa eran sus palabras o sus acciones. Fue la primera vez que lo vio moverse así – y la primera vez que reconoció, en voz alta, que lo que les dijo podría no haber sido lo que había sucedido. No importaba si ella lo sabía, o incluso si lo sospechaba. Lo había revelado y ya no había vuelta atrás.

“Atrapada con suerte”, dijo rápidamente.

Maya lentamente cruzó los brazos sobre su pecho, con una ceja levantada y los labios fruncidos. “Puede que hayas engañado a Sara y a la Tía Linda, pero no yo me lo trago, ni por un segundo”.

Reid cerró los ojos y suspiró. Ella no iba a dejar que se fuera, así que él bajó el tono y habló con cuidado.

“Maya, escucha. Eres muy inteligente – definitivamente lo suficientemente inteligente como para hacer ciertas suposiciones sobre lo que pasó”, dijo. “Lo más importante que hay que entender es que saber cosas específicas puede ser peligroso. El peligro potencial en el que estuviste esa semana que estuve fuera, podrías estar dentro todo el tiempo, si lo supieras todo. No puedo decirte si tienes razón o no. No confirmaré ni negaré nada. Así que, por ahora, digamos que... puedes creer cualquier suposición que hayas hecho, siempre y cuando tengas cuidado de guardártelas para ti misma”.

Maya asintió lentamente. Echó un vistazo por el pasillo para asegurarse de que Sara no estuviera allí antes de decir: “No eres sólo un profesor. Trabajas para alguien, a nivel de gobierno – FBI, tal vez, o la CIA...”

“¡Jesús, Maya, ¡dije que te lo guardarás para ti!” gruñó Reid.

“La cosa con los Juegos Olímpicos de Invierno y el foro en Davos”, siguió adelante. “Tú tuviste algo que ver con eso”.

“Te lo dije, no voy a confirmar o negar nada...”

“Y ese grupo terrorista del que siguen hablando en las noticias, Amón. ¿Ayudaste a detenerlos?”

Reid se dio la vuelta, mirando por la pequeña ventana que daba a su patio trasero. Era demasiado tarde, para entonces. No tenía que confirmar o negar nada. Ella podía verlo en su cara.

“Esto no es un juego, Maya. Es serio, y si el tipo equivocado de gente supiera...”

“¿Mamá lo sabía?”

De todas las preguntas que pudo haber hecho, esa era una bola curva. Permaneció en silencio durante un largo momento. Una vez más, su hija mayor había demostrado ser demasiado lista, quizás incluso por su propio bien.

“No lo creo”, dijo en voz baja.

“Y todo lo que viajabas antes”, dijo Maya. “No eran conferencias y lecturas como invitado, ¿verdad?”

“No. No lo eran”.

“Luego te detuviste un rato. ¿Lo dejaste después de... después de que mamá...?”

“Sí. Pero luego me necesitaban de vuelta”. Esa fue suficiente verdad parcial para que no sintiera que estaba mintiendo – y esperemos que lo suficiente como para saciar la curiosidad de Maya.

Se volvió hacia ella. Miró fijamente al suelo de baldosas, con su cara grabada en un ceño fruncido. Claramente había algo más que ella quería preguntar. Esperaba que no lo hiciera.

“Una pregunta más”. Su voz era casi un susurro. “¿Tuviste algo que ver con... con la muerte de Mamá?”

“Oh, Dios. No, Maya. Por supuesto que no”. Cruzó la habitación rápidamente y la abrazó con fuerza. “No pienses así. Lo que le pasó a Mamá fue algo médico. Podría haberle pasado a cualquiera. No fue... no tuvo nada que ver con esto”.

“Creo que lo sabía”, dijo en voz baja. “Sólo que tenía que preguntar...”

“Está bien”. Eso era lo último que él quería que pensara, que la muerte de Kate estaba de alguna manera ligada a la vida secreta en la que había estado involucrado.

Algo pasó por su mente – una visión. Un recuerdo del pasado.

Una cocina familiar. Su casa en Virginia, antes de mudarse a Nueva York. Antes de que ella muriera. Kate está delante de ti, tan bella como la recuerdas – pero su frente está arrugada, su mirada es dura. Está enfadada. Gritando. Gesticulando con sus manos hacia algo sobre la mesa...

Reid dio un paso atrás, soltando el abrazo de Maya al tiempo que el vago recuerdo le daba un fuerte dolor de cabeza en la frente. A veces su cerebro intentaba recordar ciertas cosas de su pasado que aún estaban guardadas, y la recuperación forzosa lo dejaba con una leve migraña en la parte delantera de su cráneo. Pero esta vez fue diferente, extraño; la memoria había sido claramente la de Kate, una especie de discusión que él no recordaba haber tenido.

“Papá, ¿estás bien?” preguntó Maya.

El timbre de la puerta sonó repentinamente, sorprendiéndolos a ambos.

“Uh, sí”, murmuró. “Estoy bien. Esa debe ser la pizza”. Miró su reloj y frunció el ceño. “Eso fue muy rápido. Ahora vuelvo”. Cruzó el vestíbulo y miró por la ventanilla. Afuera había un joven de barba oscura y con una mirada medio vacía, con una camiseta polo roja con el logotipo de la pizzería.

Aun así, Reid revisó por encima de su hombro para asegurarse de que Maya no estaba mirando, y luego metió una mano en la chaqueta marrón oscura de bombardero que colgaba de un gancho cerca de la puerta. En el bolsillo interior había una Glock 22 cargada. Le quitó el seguro y la metió en la parte de atrás de sus pantalones antes de abrir la puerta.

“Entrega para Lawson”, dijo el pizzero, en tono monótono.

“Sí, ese soy yo. ¿Cuánto es?”

El tipo acunó las dos cajas con un brazo mientras buscaba en su bolsillo trasero. Reid también lo hizo instintivamente.

Vio el movimiento desde el rabillo del ojo y su mirada se movió hacia la izquierda. Un hombre con un corte de pelo militar estaba cruzando su césped delantero a toda prisa – pero lo que es más importante, claramente llevaba una pistola con funda en la cadera y su mano derecha estaba en la empuñadura.

CAPÍTULO DOS

Reid levantó el brazo como un guardia de cruce que detiene el tráfico.

“Está bien, Sr. Thompson”, gritó. “Es sólo pizza”.

El hombre mayor en su césped delantero, con el pelo grisáceo y una ligera barriga, se detuvo en su camino. El pizzero miró por encima de su hombro y, por primera vez, mostró algo de emoción – sus ojos se abrieron de par en par conmovido cuando vio el arma y la mano descansando sobre ella.

“¿Estás seguro, Reid?” El Sr. Thompson miraba sospechosamente al tipo de la pizza.

“Estoy seguro”.

El repartidor sacó lentamente un recibo de su bolsillo. “Uh, son dieciocho”, dijo desconcertado.

Reid le dio uno de veinte y uno diez y tomó las cajas. “Quédate con el cambio”.

El chico de la pizza no tuvo que ser informado dos veces. Volvió corriendo a su cupé que lo esperaba, saltó dentro y se alejó. El Sr. Thompson lo vio irse, con los ojos entrecerrados.

“Gracias, Sr. Thompson”, dijo Reid. “Pero es sólo pizza”.

“No me gustó el aspecto de ese tipo”, gruñó su vecino de al lado. A Reid le gustaba el hombre mayor – aunque pensaba que Thompson asumía su nuevo papel de vigilar a la familia Lawson con demasiada seriedad. Aun así, Reid prefirió decididamente tener a alguien un poco demasiado entusiasta que alguien poco displicente en sus deberes.

“Nunca se puede ser demasiado cuidadoso”, agregó Thompson. “¿Cómo están las chicas?”

“Lo están haciendo bien. Reid sonrió gratamente. “Pero, uh... ¿tienes que llevar eso a la vista todo el tiempo?” Señaló a la Smith & Wesson en la cadera de Thompson.

El hombre mayor parecía confundido. “Bueno... sí. Mi CHP expiró, y Virginia es un estado legal de porte abierto”.

“...Cierto”. Reid forzó otra sonrisa. “Por supuesto. Gracias de nuevo, Sr. Thompson. Le haré saber si necesitamos algo”.

Thompson asintió con la cabeza y luego volvió a trotar por el césped hasta llegar a su casa. El subdirector Cartwright le había asegurado a Reid que el hombre mayor era muy capaz; Thompson era un agente retirado de la CIA y, aunque había estado fuera del campo por más de dos décadas, estaba claramente feliz – si no un poco ansioso – de ser útil de nuevo.

Reid suspiró y cerró la puerta tras él. La cerró con llave y activó de nuevo la alarma de seguridad (que se estaba convirtiendo en un ritual cada vez que abría o cerraba la puerta), y luego se giró para encontrar a Maya de pie detrás de él en el vestíbulo.

“¿De qué iba eso?”, preguntó.

“Oh, nada. El Sr. Thompson sólo quería saludar”.

Maya volvió a cruzar los brazos. “Y yo que pensaba que estábamos progresando mucho”.

“No seas ridícula”. Reid se burló de ella. “Thompson es sólo un viejo inofensivo...”

“¿Inofensivo? Lleva un arma a todos lados”, protestó Maya. “Y no creas que no lo veo mirándonos desde su ventana. Es como si estuviera espionando...” Su boca se abrió un poco. “Oh, Dios mío, ¿él sabe de ti? ¿El Sr. Thompson también es un espía?”

“Jesús, Maya, no soy un espía...”

En realidad, pensó, eso es exactamente lo que eres...

“¡No puedo creerlo!” exclamó ella. “¿Es por eso que le pides que nos cuide cuando te vas?”

“Sí”, admitió en voz baja. No tenía que decirle las verdades no solicitadas, pero no tenía mucho sentido ocultarle cosas cuando iba a hacer conjeturas tan precisas de todos modos.

Esperaba que se enfadara y volviera a lanzar acusaciones, pero en vez de eso ella agitó la cabeza y murmuró: “Irreal. Mi padre es un espía y nuestro vecino chiflado es un guardaespaldas”. Entonces, para su sorpresa, ella lo abrazó alrededor del cuello, casi derribando las cajas de pizza de su mano. “Sé que no puedes contarme todo. Todo lo que quería era algo de verdad”.

“Sí, sí”, murmuró. “Sólo arriesgar la seguridad internacional para ser un buen padre. Ahora ve a despertar a tu hermana antes de que se enfríe la pizza. ¿Y Maya? Ni una *palabra* de esto a Sara”.

Fue a la cocina y sacó unos platos y unas servilletas, y sirvió tres vasos de soda. Unos momentos más tarde, Sara se arrastró hacia la cocina, frotándose los ojos para quitarse el sueño.

“Hola, Papi”, murmuró.

“Oye, cariño. Siéntate, por favor. ¿Estás durmiendo bien?”

“Mmm”, murmuró vagamente. Sara tomó un pedazo de pizza y mordió la punta, masticando en círculos lentos y perezosos.

Estaba preocupado por ella, pero trató de no decirlo. En vez de eso, agarró una rebanada de la pizza de salchicha y pimientos. Estaba a medio camino de su boca cuando Maya intervino, quitándosela de la mano.

“¿Qué crees que estás haciendo?”, demandó ella.

“... ¿Comer? O tratando de hacerlo”.

“Um, no. Tienes una cita, ¿recuerdas?”

“¿Qué? No, eso es mañana...” Se calló, inseguro. “Oh, Dios, eso es esta noche, ¿no?” Casi se golpea en la frente.

“Claro que sí”, dijo Maya comiendo una porción de pizza.

“Además, no es una cita. Es una cena con una amiga”.

Maya se encogió de hombros. “Bien. Pero si no te preparas, vas a llegar tarde a ‘cenar con una amiga’”.

Miró su reloj. Ella tenía razón; se suponía que él se encontraría con Maria a las cinco.

“Vete, fuera. Cámbiate”. Ella lo sacó de la cocina y él se apresuró a subir.

Con todo lo que estaba pasando y sus continuos intentos de eludir sus propios pensamientos, casi había olvidado la promesa de encontrarse con Maria. Hubo varios intentos a medias de reunirse en las últimas cuatro semanas, siempre con algo que se interponía en el camino de un lado a otro – aunque, si estaba siendo honesto consigo mismo, normalmente era él quién ponía las excusas. Maria parecía que finalmente se había cansado de ello y no sólo planeó la excursión, sino que eligió un lugar a medio camino entre Alejandría y Baltimore, donde ella vivía, si él le prometía que la vería.

La echaba de menos. Echaba de menos estar cerca de ella. No eran sólo compañeros de la agencia; había una historia allí, pero Reid no podía recordar la mayor parte de ella. Casi nada, de hecho. Todo lo que sabía era que cuando estaba cerca de ella, había una clara sensación de que estaba en compañía de alguien que se preocupaba por él – una amiga, alguien en quien podía confiar, y quizás incluso más que eso.

Se metió en su armario y sacó un conjunto que pensó que funcionaría para la ocasión. Era un fanático de un estilo clásico, aunque era consciente de que su guardarropa probablemente lo fechaba por lo menos una década atrás. Se puso un par de caquis plisados, una camisa cuadriculada con botones y una chaqueta de tweed con parches de cuero en los codos.

“¿Es *lo* que vas a llevar puesto?” Preguntó Maya, sorprendiéndolo. Ella estaba apoyada en el marco de la puerta de su dormitorio, masticando casualmente una masa de pizza.

“¿Qué tiene de malo?”

“Lo que tiene de malo es que parece que acabas de salir de un salón de clases. Vamos”. Ella lo tomó del brazo y lo llevó de vuelta al armario y comenzó a hurgar entre sus ropas. “Jesús, Papá, te vistes como si tuvieras ochenta años...”

“¿Qué hay con eso?”

“¡Nada!”, replicó ella. “Ah. Aquí”. Sacó un abrigo deportivo negro – el único que tenía. “Ponte esto, con algo gris debajo. O blanco. Una camiseta o un polo. Deshazte de los pantalones de papá y ponte unos jeans. Los oscuros. Ajustados”.

A instancias de su hija, se cambió de ropa mientras ella esperaba en el pasillo. Supuso que debía acostumbrarse a este extraño cambio de roles, pensó. En un momento era un padre sobreprotector, y al siguiente estaba cediendo ante su desafiante y astuta hija.

“Mucho mejor”, dijo Maya al presentarse de nuevo. “Casi parece que estás listo para una cita”.

“Gracias”, dijo, “y esto no es una cita”.

“Sigues diciendo eso. Pero vas a cenar y beber con una mujer misteriosa que dices que es una vieja amiga, aunque nunca la has mencionado y nunca la hemos conocido...”

“Ella es una vieja amiga...”

“Y, debo añadir”, dijo Maya sobre él, “ella es muy atractiva. La vimos bajar del avión en Dulles. Así que, si alguno de ustedes está buscando algo más que ‘viejos amigos’, esto es una cita”.

“Dios mío, tú y yo *no* vamos a hablar de eso”. Reid hizo una mueca. Pero en su mente, tenía un poco de pánico. *Ella tiene razón. Esto es una cita.* Había estado haciendo tanta gimnasia mental últimamente que no se había detenido lo suficiente para considerar lo que “cenar y beber” significaba realmente para un par de adultos solteros. “Bien”, admitió, “digamos que es una cita. Um... ¿qué hago?”

“¿Me lo preguntas a mí? No soy exactamente una experta”. Maya sonrió. “Habla con ella. Conócela mejor. Y por favor, trata lo mejor que puedas para ser interesante”.

Reid se mofó y agitó la cabeza. “Disculpa, pero soy muy interesante. ¿Cuánta gente conoces que pueda dar una historia oral completa sobre la Rebelión de Bulavin?”

“Sólo uno”. Maya puso los ojos en blanco. “Y *no* le des a esta mujer una historia oral completa de la Rebelión de Bulavin”.

Reid se rio y abrazó a su hija.

“Estarás bien”, le aseguró ella.

“Tú también lo estarás”, dijo. “Voy a llamar al Sr. Thompson para que venga un rato...”

“¡Papá, no!” Maya se alejó de su abrazo. “Vamos. Tengo dieciséis años. Puedo cuidar a Sara un par de horas”.

“Maya, sabes lo importante que es para mí que ustedes dos no estén solas...”

“Papá, huele a aceite de motor y de lo único que quiere hablar es de ‘los buenos viejos tiempos’ con los Marines”, dijo exasperada. “No va a pasar nada. Vamos a comer pizza y a ver una película. Sara estará en la cama antes de que vuelvas. Estaremos bien”.

“Sigo pensando que el Sr. Thompson debería venir...”

“Él puede espiar por la ventana como siempre. Vamos a estar bien. Te lo prometo. Tenemos un gran sistema de seguridad y cerrojos en todas las puertas, y sé del arma cerca de la puerta principal...”

“¡Maya!” exclamó Reid. *¿Cómo se enteró de eso? “No te metas con eso, ¿entiendes?”*

“No voy a tocarla”, dijo ella. “Sólo estoy diciendo. Sé que está ahí. Por favor. Déjame probar que puedo hacerlo”.

A Reid no le gustaba la idea de que las niñas estuvieran solas en la casa, en absoluto, pero ella prácticamente estaba suplicando. “Dime el plan de escape”, dijo.

“¡¿Todo el asunto?!”, protestó.

“Todo el asunto”.

“Bien”. Se volteó el pelo por encima del hombro, como a menudo lo hacía cuando estaba molesta. Sus ojos se volvieron hacia el techo mientras recitaba, monótonamente, el plan que Reid había puesto en práctica poco después de su llegada a la nueva casa. “Si alguien viene a la puerta principal, primero debo asegurarme de que la alarma esté armada, y que el cerrojo y la cadena estén encendidos. Luego reviso la ventanilla para ver si es alguien que conozco. Si no lo es, llamaré al Sr. Thompson y haré que investigue primero”.

“¿Y si lo es?”, dijo.

“Si es alguien que conozco”, dijo Maya, “reviso la ventana lateral – con cuidado – para ver si hay alguien más con ellos. Si los hay, llamo al Sr. Thompson para que venga a investigar”.

“¿Y si alguien intenta forzar la entrada?”

“Entonces bajamos al sótano y entramos en la sala de ejercicios”, recitó. Una de las primeras renovaciones que Reid había hecho, al mudarse, fue reemplazar la puerta de la pequeña habitación del sótano por una con un núcleo de acero. Tenía tres cerrojos pesados y bisagras de aleación de aluminio. Era a prueba de balas e incendios, y el técnico de la CIA que la había instalado afirmó que se necesitaría una docena de arietes SWAT para derribarla. Convirtió la pequeña sala de ejercicios en una sala de pánico improvisada.

“¿Y luego?”, preguntó.

“Primero llamamos al Sr. Thompson”, dijo ella. “Y luego al 911. Si olvidamos nuestros celulares o no podemos llegar a ellos, hay un teléfono fijo en el sótano preprogramado con su número”.

“¿Y si alguien entra por la fuerza y no puedes llegar al sótano?”

“Entonces vamos a la salida disponible más cercana”, dijo Maya. “Una vez fuera, hacemos tanto ruido como sea posible”.

Thompson era muchas cosas, pero sordo no era una de ellas. Una noche Reid y las niñas tenían la televisión encendida demasiado alto mientras veían una película de acción, y Thompson vino corriendo al sonido de lo que él pensaba que podrían haber sido disparos reprimidos.

“Pero siempre debemos tener nuestros teléfonos con nosotras, en caso de que necesitemos hacer una llamada una vez que estemos en un lugar seguro”.

Reid asintió con la cabeza. Ella había recitado todo el plan – excepto una pequeña pero crucial parte. “Olvidaste algo”.

“No, no lo hice”. Ella frunció el ceño.

“Una vez que estés en un lugar seguro, ¿y después de llamar a Thompson y a las autoridades...?”

“Oh, cierto. Entonces te llamaremos de inmediato y te haremos saber lo que ha pasado”.

“De acuerdo”.

“¿De acuerdo?” Maya levantó una ceja. “De acuerdo, ¿nos dejarás estar solas por esta vez?”

Todavía no le gustaba. Pero era sólo por un par de horas, y Thompson estaría justo al lado. “Sí”, dijo finalmente.

Maya respiró aliviada. “Gracias. Estaremos bien, lo juro”. Ella lo abrazó de nuevo, brevemente. Se giró para volver a bajar, pero luego pensó en otra cosa. “¿Puedo salirme con la mía con una pregunta más?”

“Por supuesto. Pero no puedo prometerte que te diré la respuesta”.

“¿Vas a empezar... a viajar, otra vez?”

“Oh”. Una vez más su pregunta lo tomó por sorpresa. La CIA le había ofrecido su puesto de vuelta – de hecho, el propio Director Nacional de Inteligencia había exigido que Kent Steele fuera totalmente reincorporado – pero Reid aún no les había dado una respuesta, y la agencia aún no había exigido una de él. La mayoría de los días evitaba pensar en ello.

“Yo... realmente me gustaría decir que no. Pero la verdad es que no lo sé. No he tomado una decisión”. Se detuvo un momento antes de preguntar: “¿Qué pensarías si lo hiciera?”

“¿Quieres mi opinión?”, preguntó sorprendida.

“Sí, así es. Honestamente, eres una de las personas más inteligentes que conozco y tu opinión me importa mucho”.

“Quiero decir... por un lado, es genial, saber lo que sé ahora...”

“Sabiendo lo que *piensas* que sabes”, corrigió Reid.

“Pero también es bastante aterrador. Sé que hay una posibilidad real de que te lastimes, o... o peor”. Maya estuvo callada por un tiempo. “¿Te gusta? ¿Trabajar para ellos?”

Reid no le contestó directamente. Ella tenía razón; la terrible experiencia por la que había pasado había sido aterradora, y había amenazado su vida más de una vez, así como la de sus dos hijas. No podría soportarlo si algo les pasara. Pero la dura verdad – y una de las razones más importantes por las que se mantuvo tan ocupado últimamente – fue que en *realidad* lo disfrutó y lo extrañaba.

Kent Steele anhelaba la persecución. Hubo un tiempo, cuando todo esto comenzó, en que reconoció esa parte de él como si fuera una persona diferente, pero eso no era cierto. Kent Steele era un alias. *Él* lo anhelaba. Lo extrañaba. Era parte de él, tanto como enseñar y criar a dos niñas. Aunque sus recuerdos eran borrosos, era parte de su yo más grande, de su identidad, y no tenerlo era como una estrella del deporte que sufría una lesión que acababa con su carrera: traía consigo la pregunta, *¿Quién soy yo? ¿Y si no soy así?*

No tenía que responder a su pregunta en voz alta. Maya podía verlo en su mirada de mil metros. “¿Cómo se llama?”, preguntó de repente, cambiando de tema.

Reid sonrió tímidamente. “Maria”.

“Maria”, dijo pensativamente. “Muy bien. Disfruta de tu cita”. Maya se dirigió a las escaleras.

Antes de seguir, Reid tuvo una idea secundaria menor. Abrió el cajón superior del tocador y rebuscó en la parte de atrás hasta que encontró lo que estaba buscando – una botella vieja de colonia cara, que no había usado en dos años. Había sido la favorita de Kate. Olfateó el tubo y sintió un escalofrío correr por su columna vertebral. Era un olor familiar, amigable, que llevaba consigo un torrente de buenos recuerdos.

Se roció un poco en la muñeca y se frotó cada lado del cuello. El olor era más fuerte de lo que recordaba, pero agradable.

Entonces – otro recuerdo apareció en su visión.

La cocina en Virginia. Kate está enojada, señalando hacia algo que estaba en la mesa. No sólo está enojada – está asustada. “¿Por qué tienes esto, Reid?”, pregunta acusadoramente. “¿Y si una de las chicas la hubiera encontrado? ¡Respóndeme!”

Sacudió la visión antes de que apareciera la inevitable migraña, pero eso no hizo que la experiencia fuera menos perturbadora. No podía recordar cuándo ni por qué había ocurrido esa discusión; Kate y él rara vez habían discutido y, en la memoria, ella parecía asustada – o asustada de lo que sea que discutieran o posiblemente incluso asustada de *él*. Nunca le había dado una razón para estarlo. Al menos no una que él pudiera recordar...

Sus manos temblaron al darse cuenta de que se había dado cuenta de algo nuevo. No podía recordar la memoria, lo que significaba que podría haber sido una que fue suprimida por el implante. ¿Pero por qué los recuerdos de Kate se habrían borrado con los de Agente Cero?

“¡Papá!” Maya llamó desde abajo de las escaleras. “¡Vas a llegar tarde!”

“Sí”, murmuró. “Voy”. Tendría que enfrentarse a la realidad de que o buscaba una solución a su problema o que los recuerdos que reaparecían de vez en cuando lucharían continuamente, confusos y estridentes.

Pero se enfrentaría a esa realidad más tarde. Ahora mismo tenía una promesa que cumplir.

Bajó las escaleras, besó a cada una de sus hijas en la parte superior de la cabeza y se dirigió al coche. Antes de bajar por el pasillo, se aseguró de que Maya pusiera la alarma después de él, y luego subió al todoterreno plateado que había comprado un par de semanas antes.

Aunque estaba muy nervioso y ciertamente emocionado por volver a ver a Maria, no podía sacudir la apretada bola de miedo que tenía en el estómago. No pudo evitar sentir que dejar a las niñas solas, aunque fuera por poco tiempo, era una muy mala idea. Si los acontecimientos del mes anterior le habían enseñado algo, era ante todo que no faltaban las amenazas que querían verle sufrir.

CAPÍTULO TRES

“¿Cómo se siente esta noche, señor?” preguntó educadamente la enfermera al entrar en su habitación del hospital. Su nombre era Elena, él lo sabía, y ella era suiza, aunque le hablaba en un inglés acentuado. Era pequeña y joven, la mayoría diría que incluso bonita y muy alegre.

Rais no dijo nada en respuesta. Nunca lo hizo. Él simplemente miró fijamente mientras ella ponía una taza de poliestireno sobre su mesita de noche e inspeccionaba cuidadosamente sus heridas. Sabía que su alegría era una compensación excesiva por su miedo. Sabía que a ella no le gustaba estar en la habitación con él, a pesar del par de guardias armados detrás de ella, vigilando cada uno de sus movimientos. A ella no le gustaba tratarlo, ni siquiera hablar con él.

A nadie le gustaba.

La enfermera, Elena, inspeccionó sus heridas con cautela. Se dio cuenta de que ella estaba nerviosa por estar tan cerca de él. Ellos sabían lo que había hecho; que había matado en nombre de Amón.

Tendrían mucho más miedo si supiesen cuántos, pensó irónicamente.

“Estás sanando bien”, le dijo ella. “Más rápido de lo esperado”. Ella le dijo eso todas las noches, lo que él tomaba como un código que significaba “espero que te vayas pronto”.

Esa no fue una buena noticia para Rais, porque cuando finalmente estuviera lo suficientemente bien como para irse, lo más probable es que lo envíen a un agujero húmedo y horrible en el suelo, a un sitio negro de la CIA en el desierto, para que sufriera más heridas mientras lo torturaban para obtener información.

Como Amón, perduramos. Ese había sido su mantra durante más de una década de su vida, pero ese ya no era el caso. Amón ya no existía, por lo que sabía Rais; su complot en Davos había fracasado, sus líderes habían sido detenidos o asesinados, y todos los organismos encargados de hacer cumplir la ley en el mundo conocían la marca, el glifo de Amón que sus miembros quemaban en su piel. A Rais no se le permitía ver la televisión, pero obtuvo las noticias de sus guardias de policía armados, que hablaban a menudo (y durante mucho tiempo, a menudo para disgusto de Rais).

Él mismo había cortado la marca de su piel antes de ser llevado al hospital de Sion, pero terminó siendo en vano; ellos sabían quién era y al menos algo de lo que había hecho. Aun así, la cicatriz rosa dentada y moteada en la que la marca había estado una vez en su brazo era un recordatorio diario de que Amón ya no existía, por lo que sólo parecía apropiado que su mantra cambiara.

Yo perduro.

Elena tomó la taza de poliestireno, llena de agua helada y una pajita. “¿Quieres algo de beber?”

Rais no dijo nada, pero se inclinó un poco hacia delante y abrió los labios. Ella guio la pajilla hacia él con cautela, sus brazos completamente extendidos y bloqueados a la altura de los codos, su cuerpo reclinado en un ángulo. Ella tenía miedo; cuatro días antes Rais había intentado morder al Dr. Gerber. Sus dientes le habían raspado el cuello al doctor, ni siquiera habían penetrado en su piel, pero aun así eso le aseguró una fisura en la mandíbula por parte de uno de sus guardias.

Rais no intentó nada esta vez. Tomó sorbos largos y lentos a través de la pajilla, disfrutando del miedo de la chica y de la ansiedad de los dos policías que observaban detrás de ella. Cuando se sació, se echó hacia atrás de nuevo. Ella audiblemente suspiró con alivio.

Yo perduro.

Había soportado bastante en las últimas cuatro semanas. Había sufrido una nefrectomía para extirpar su riñón perforado. Había tenido que someterse a una segunda cirugía para extraer una parte de su hígado lacerado. Había tenido que someterse a un tercer procedimiento para asegurarse de que ninguno de sus otros órganos vitales había sido dañado. Había pasado varios días en la UCI antes de ser trasladado a una unidad médico-quirúrgica, pero nunca abandonó la cama a la que estaba encadenado

por ambas muñecas. Las enfermeras lo giraron y cambiaron su orinal y lo mantuvieron tan cómodo como pudieron, pero nunca se le permitió levantarse, pararse, moverse por su propia voluntad.

Las siete puñaladas en la espalda y una en el pecho habían sido suturadas y, como la enfermera nocturna Elena le recordaba continuamente, estaban sanando bien. Aun así, había poco que los médicos pudieran hacer sobre el daño al nervio. A veces toda la espalda se le dormía, hasta los hombros y ocasionalmente hasta los bíceps. No sentiría nada, como si esas partes de su cuerpo pertenecieran a otro.

Otras veces se despertaba de un sueño sólido con un grito en la garganta mientras un dolor abrasador lo atravesaba como una tormenta de rayos. Nunca duraba mucho tiempo, pero era agudo, intenso, y venía irregularmente. Los médicos los llamaban “aguijones”, un efecto secundario que a veces se observa en personas con daño nervioso tan extenso como el suyo. Le aseguraron que estos aguijones a menudo se desvanecían y se detenían por completo, pero no sabrían decir cuándo ocurriría eso. En cambio, le dijeron que tenía suerte de que no hubiera ningún daño en su médula espinal. Le dijeron que tuvo suerte de haber sobrevivido a sus heridas.

Sí, suerte, pensó amargamente. Suerte que se estaba recuperando sólo para ser arrojado a los brazos en espera de un sitio negro de la CIA. Suerte que en un solo día le arrancaron todo por lo que había trabajado. Afortunado de haber sido vencido no una vez, sino dos veces por Kent Steele, un hombre al que odiaba, detestaba, con toda la fibra de su ser.

Yo perduto.

Antes de salir de su habitación, Elena agradeció a los dos oficiales en alemán y les prometió llevarles café cuando regresara más tarde. Una vez que ella se fue, retomaron su puesto justo afuera de su puerta, que siempre estaba abierta, y reanudaron su conversación, algo sobre un reciente partido de fútbol. Rais era bastante versado en alemán, pero los detalles del dialecto suizo-alemán y la velocidad con la que hablaban le eludían a veces. Los oficiales del turno diurno a menudo conversaban en inglés, la cual fue la razón por la que recibió muchas de sus noticias sobre lo que estaba ocurriendo fuera de su habitación del hospital.

Ambos eran miembros de la Oficina Federal de Policía de Suiza, la cual ordenó que tuviera dos guardias en su habitación en todo momento, las veinticuatro horas del día. Rotaban en turnos de ocho horas, con un grupo de guardias completamente diferente los viernes y los fines de semana. Siempre había dos, siempre; si un oficial tenía que ir al baño o comer algo, primero tenían que llamar para que le enviaran a uno de los guardias de seguridad del hospital y luego esperar a que llegaran. La mayoría de los pacientes en su condición y en su recuperación probablemente habrían sido transferidos a un centro de trauma de menor nivel, pero Rais había permanecido en el hospital. Era una instalación más segura, con sus unidades cerradas y guardias armados.

Siempre había dos. Siempre. Y Rais había determinado que podría funcionar a su favor.

Había tenido mucho tiempo para planear su fuga, especialmente en los últimos días, cuando sus niveles de medicación habían disminuido y podía pensar lúcidamente. Pasó por varios escenarios en su cabeza, una y otra vez. Memorizaba los horarios y escuchaba las conversaciones. No pasaría mucho tiempo antes de que lo dieran de alta – a lo sumo en cuestión de días.

Tenía que actuar y decidió que lo haría esta noche.

Sus guardias se habían vuelto complacientes durante las semanas que habían estado en su puerta. Lo llamaban “terrorista” y sabían que era un asesino, pero además del pequeño incidente con el Dr. Gerber unos días antes, Rais no había hecho nada más que permanecer en silencio, en su mayor parte inmóvil, y permitiendo que el personal cumpliera con sus deberes. Si no había nadie en la habitación con él, los guardias apenas le prestaban atención, aparte de echarle un vistazo de vez en cuando.

No había intentado morder al médico por despecho o malicia, sino por necesidad. Gerber se había inclinado sobre él, inspeccionando la herida de su brazo donde había cortado la marca de Amón – y el bolsillo de la bata blanca del médico le había rozado los dedos de la mano encadenada de

Rais. Se lanzó, chasqueando sus mandíbulas, y el doctor saltó asustado mientras los dientes rozaban su cuello.

Y una pluma fuente había permanecido firmemente sujeta en el puño de Rais.

Uno de los oficiales en servicio le había dado una sólida bofetada en la cara por ello, y en el momento en que el golpe cayó, Rais deslizó el bolígrafo bajo sus sábanas, guardándolo debajo de su muslo izquierdo. Ahí había permanecido durante tres días, oscurecido bajo las sábanas, hasta la noche anterior. La había sacado mientras los guardias hablaban en el pasillo. Con una mano, incapaz de ver lo que estaba haciendo, separó las dos mitades del bolígrafo y sacó el cartucho, trabajando lenta y constantemente para que la tinta no se derramara. La pluma era una pluma de estilo clásico con punta dorada que llegaba a una punta peligrosa. Deslizó esa mitad bajo la sábana. La mitad trasera tenía un clip de oro de bolsillo, que él cuidadosamente sacó con su pulgar hacia atrás y hacia afuera hasta que se rompió.

La atadura en su muñeca izquierda le permitía un poco menos de un pie de movilidad para su brazo, pero si estiraba la mano hasta el límite, podía alcanzar los primeros centímetros de la mesita de noche. Su tablero de la mesa era simple, de partículas lisas, pero la parte inferior era áspera como papel de lija. Durante el transcurso de una agotadora y dolorosa noche anterior de cuatro horas, Rais frotó suavemente el clip del bolígrafo hacia adelante y hacia atrás a lo largo de la parte inferior de la mesa, con cuidado de no hacer mucho ruido. Con cada movimiento temía que el clip se le escapara de los dedos o que los guardias notaran el movimiento, pero su habitación estaba oscura y la conversación era profunda. Trabajó y trabajó hasta que afiló el clip como la punta de una aguja. Entonces el clip también desapareció debajo de las sábanas, junto a la punta de la pluma.

Sabía por los fragmentos de la conversación que habría tres enfermeras nocturnas en la unidad de cirugía médica esta noche, Elena incluida, con otras dos de guardia si fuera necesario. Ellas, más los guardias, significaban al menos cinco personas con las que tendría que lidiar, y con un máximo de siete.

A nadie del personal médico le gustaba mucho atenderlo, sabiendo lo que era, así que registraban con muy poca frecuencia. Ahora que Elena había venido y se había ido, Rais sabía que tenía entre sesenta y noventa minutos antes de que ella pudiera regresar.

Su brazo izquierdo estaba sujeto con una correa hospitalaria estándar, lo que los profesionales llaman a veces “cuatro puntos”. Era una suave atadura azul alrededor de la muñeca con una ajustada correa de nylon blanca y abrochada, que estaba firmemente adherida a la barandilla de acero de su cama. Debido a la gravedad de sus crímenes, su muñeca derecha estaba esposada.

El par de guardias de afuera estaban conversando en alemán. Rais escuchó atentamente; el de la izquierda, Luca, parecía estar quejándose de que su esposa estaba engordando. Rais casi se burló; Luca estaba lejos de estar en forma. El otro, un hombre llamado Elías, era más joven y atlético, pero bebía café en dosis que deberían haber sido letales para la mayoría de los humanos. Cada noche, entre los noventa minutos y las dos horas de su turno, Elías llamaba a la guardia nocturna para poder liberarse. Mientras estaba fuera, Elías salía a fumar un cigarrillo, de modo que con el descanso para ir al baño significaba que por lo general estaba fuera entre ocho y once minutos. Rais había pasado las últimas noches contando en silencio los segundos de las ausencias de Elías.

Era una oportunidad muy limitada, pero para la que estaba preparado.

Buscó bajo sus sábanas el clip afilado y lo sostuvo en la punta de los dedos de su mano izquierda. Luego, con cuidado, la arrojó en un arco sobre su cuerpo. Aterrizó hábilmente en la palma de su mano derecha.

Luego vendría la parte más difícil de su plan. Tiró de su muñeca para que la cadena de las esposas estuviera tensa, y mientras la sostenía de esa manera, torció su mano y metió la punta afilada del clip en el agujero de la cerradura de las esposas alrededor de la barandilla de acero. Era difícil e incómodo, pero ya había escapado antes de las esposas; sabía que el mecanismo de cierre interior estaba diseñado para que una llave universal pudiera abrir casi cualquier par, y conocer el

funcionamiento interior de una cerradura significaba simplemente hacer los ajustes correctos para disparar los pines del interior. Pero tenía que mantener la cadena tensa para evitar que el brazaletе sonara contra la barandilla y alertara a los guardias.

Le llevó casi veinte minutos retorcerse, girar, hacer pequeñas pausas para aliviar sus doloridos dedos e intentarlo de nuevo, pero finalmente el candado hizo clic y el brazaletе se abrió. Rais lo desenganchó cuidadosamente de la barandilla.

Una mano estaba libre.

Se acercó y se desabrochó apresuradamente el cinturón que tenía a su izquierda.

Ambas manos estaban libres.

Guardó el clip debajo de las sábanas y quitó la mitad superior del bolígrafo, agarrándolo en la palma de su mano para que sólo quedara al descubierto la pluma afilada.

Fuera de su puerta, el oficial más joven se puso de pie repentinamente. Rais contuvo la respiración y fingió estar dormido mientras Elías lo observaba.

“Llama a Francis, ¿quieres?” dijo Elías en alemán. “Tengo que orinar”.

“Seguro”, dijo Luca bostezando. Se comunicó por radio con el vigilante nocturno del hospital, que normalmente se encontraba detrás de la recepción en el primer piso. Rais había visto a Francisco muchas veces; era un hombre mayor, de finales de los cincuenta y principios de los sesenta, quizás, con un cuerpo delgado. Llevaba un arma, pero sus movimientos eran lentos.

Era exactamente lo que Rais esperaba. No quería tener que luchar contra el oficial de policía más joven en su estado aún en recuperación.

Tres minutos después apareció Francis, con su uniforme blanco y corbata negra, y Elías se apresuró a ir al baño. Los dos hombres que estaban fuera de la puerta intercambiaron cumplidos mientras Francis se sentaba en el asiento de plástico de Elías con un fuerte suspiro.

Era el momento de actuar.

Rais se deslizó cuidadosamente hasta el final de la cama y puso sus pies descalzos sobre la fría baldosa. Hacía tiempo que no usaba las piernas, pero estaba seguro de que sus músculos no se habían atrofiado más allá de lo que necesitaba.

Se puso de pie con cuidado, en silencio – y luego sus rodillas se doblaron. Agarró el borde de la cama para apoyarse y miró hacia la puerta. Nadie vino; las voces continuaron. Los dos hombres no habían oído nada.

Rais se puso de pie tembloroso, jadeando y dando unos pasos en silencio. Sus piernas estaban débiles, sin duda, pero siempre había sido fuerte cuando era necesario y ahora necesitaba ser fuerte. Su bata de hospital fluía a su alrededor, abierta por detrás. La prenda inmodesta sólo le impedía hacerlo, así que se la arrancó, de pie desnudo en la habitación del hospital.

Con la tapa de la pluma en su puño, tomó una posición justo detrás de la puerta abierta y emitió un silbido bajo.

Ambos hombres lo escucharon, aparentemente por el repentino raspado de las patas de la silla al levantarse de sus asientos. El marco de Luca llenó la puerta mientras miraba el cuarto oscuro.

“*¡Mein Gott!*” murmuró mientras entraba apresuradamente, notando la cama vacía.

Francis le siguió, con la mano en la funda de su pistola.

Tan pronto como el guardia mayor pasó el umbral, Rais saltó hacia delante. Atascó la tapa de la punta en la garganta de Luca y la retorció, desgarrándole una cámara en la carótida. La sangre salpicaba abundantemente de la herida abierta y parte de ella salpicaba la pared opuesta.

Soltó la pluma y se apresuró hacia Francis, que luchaba por liberar su arma. *Desabrochar, desenfundar, quitar el seguro, apuntar* – la reacción del guardia mayor fue lenta, costándole varios segundos preciosos que simplemente no tenía.

Rais le dio dos golpes, el primero hacia arriba, justo debajo del ombligo, seguido inmediatamente de un golpe hacia abajo en el plexo solar. Un forzaba el aire hacia los pulmones,

mientras que el otro forzaba el aire hacia afuera, y el efecto repentino y estremecedor que tenía en un cuerpo confundido generalmente era visión borrosa y a veces pérdida de la conciencia.

Francis se tambaleó, incapaz de respirar, y se puso de rodillas. Rais giró detrás de él y con un movimiento limpio le rompió el cuello al guardia.

Luca agarró su garganta con ambas manos mientras se desangraba, gorgoteando y con leves jadeos en la garganta. Rais observó y contó los once segundos hasta que el hombre perdió el conocimiento. Sin detener el flujo sanguíneo, estaría muerto en menos de un minuto.

Rápidamente liberó a ambos guardias de sus armas y los puso en la cama. La siguiente fase de su plan no sería fácil; tenía que escabullirse por el pasillo, sin ser visto, hasta el armario de suministros donde habría uniformes de repuesto. No podía salir del hospital con el uniforme reconocible de Francis o el de Luca, este ahora empapado de sangre.

Oyó una voz masculina al final del pasillo y se quedó helado.

Era el otro oficial, Elías. *¿Tan pronto?* La ansiedad aumentó en el pecho de Rais. Luego escuchó una segunda voz – la enfermera de la noche, Elena. Al parecer, Elías se había saltado su descanso para fumar y charlar con la joven enfermera y ahora ambos se dirigían a su habitación por el pasillo. Pasarían por allí en unos instantes.

Preferiría no tener que matar a Elena. Pero si fuera una elección entre ella y él, habría muerto.

Rais cogió una de las armas de la cama. Era una Sig P220, toda negra, calibre 45. La tomó con la mano izquierda. El peso de la misma se sentía acogedor y familiar, como una vieja llama. Con su derecha agarró la mitad abierta de las esposas. Y luego esperó.

Las voces de la sala se callaron.

“¿Luca?” gritó Elías. “¿Francis?” El joven oficial desabrochó la correa de su funda y tenía una mano en su pistola mientras entraba en la oscura habitación. Elena se arrastraba detrás de él.

Los ojos de Elías se abrieron de par en par con horror al ver a los dos hombres muertos.

Rais golpeó el gancho de las esposas abiertas contra el costado del cuello del joven y luego tiró de su brazo hacia atrás. El metal le mordió en la muñeca y las heridas en la espalda le quemaron, pero ignoró el dolor al arrancarle la garganta al joven de su cuello. Una cantidad sustancial de sangre salpicó y corrió por el brazo del asesino.

Con su mano izquierda presionó la Sig contra la frente de Elena.

“No grites”, dijo rápida y silenciosamente. “No grites. Permanece en silencio y vive. Haz un ruido y muere. ¿Lo entiendes?”

Un pequeño chillido surgió de los labios de Elena mientras sofocaba el sollozo que salía de ella. Ella asintió, incluso mientras las lágrimas brotaban de sus ojos. Incluso cuando Elías se cayó hacia adelante, de bruces en el suelo de baldosas.

La miró de arriba abajo. Era pequeña, pero su uniforme era algo holgado y la cintura elástica. “Quítate la ropa”, le dijo.

La boca de Elena se abrió con horror.

Rais se burló. Pero podía entender la confusión; después de todo, seguía desnudo. “No soy ese tipo de monstruo”, le aseguró. “Necesito ropa. No te lo pediré de nuevo”.

Temblando, la joven se sacó la blusa y se deslizó fuera de sus pantalones, quitándose los sobre sus zapatillas blancas, mientras estaba de pie en el charco de sangre de Elías.

Rais los tomó y se los puso, de forma un poco torpe con una mano mientras él mantenía la Sig apuntada en la chica. El uniforme estaba ajustado y los pantalones un poco cortos, pero serían suficientes. Se metió la pistola en la parte de atrás de sus pantalones y sacó la otra de la cama.

Elena estaba de pie en ropa interior, abrazando sus brazos sobre su estómago. Rais se dio cuenta; se quitó la bata del hospital y se la ofreció. “Cúbrete. Luego súbete a la cama”. Mientras ella hacía lo que él le pedía, encontró un llavero en el cinturón de Luca y liberó su otra esposa. Luego enroscó la cadena alrededor de una de las barandillas de acero y esposó las manos de Elena.

Puso las llaves en el borde más lejano de la mesita de noche, fuera de su alcance. “Alguien vendrá y te liberará después de que me haya ido”, le dijo. “Pero primero tengo preguntas. Necesito que seas honesta, porque si no lo eres, volveré y te mataré. ¿Lo entiendes?”

Ella asintió frenéticamente, con las lágrimas cayendo sobre sus mejillas.

“¿Cuántos enfermeros más hay en esta unidad esta noche?”

“P-por favor, no les hagas daño”, tartamudeó.

“Elena ¿Cuántos enfermeros más hay en esta unidad esta noche?”, repitió.

“D-dos...” Lloriqueó. “Thomas y Mia. Pero Tom está en descanso. Debe estar abajo”.

“De acuerdo”. La etiqueta con el nombre pegado a su pecho era del tamaño de una tarjeta de crédito. Tenía una pequeña foto de Elena, y en el reverso, una raya negra a lo largo. “¿Esto es una unidad cerrada por la noche? Y tú placa, ¿es la llave?”

Ella asintió y volvió a lloriquear.

“Bien”. Metió la segunda pistola en la cintura de los pantalones médicos y se arrodilló junto al cuerpo de Elías. Luego se quitó los dos zapatos y metió los pies en ellos. Estaban un poco apretados, pero era lo suficientemente cerca como para escapar. “Una última pregunta. ¿Sabes lo que conduce Francis? ¿El guardia nocturno?” Señaló al hombre muerto con el uniforme blanco.

“N-no estoy segura. Un... un camión, creo”.

Rais cavó en los bolsillos de Francis y sacó un juego de llaves. Había un llavero electrónico; eso ayudaría a localizar el vehículo. “Gracias por tu honestidad”, le dijo. Luego arrancó una tira del borde de la sábana y se la metió en la boca.

El pasillo estaba vacío y muy iluminado. Rais tenía la Sig en sus manos, pero la mantuvo oculta a sus espaldas mientras se arrastraba por el pasillo. Se abrió a un piso más amplio con un puesto de enfermería en forma de U y, más allá, la salida a la unidad. Una mujer con anteojos redondos y de cabello castaño por los hombros escribía en una computadora, de espaldas a él.

“Date la vuelta, por favor”, le dijo a ella.

La sorprendida mujer se giró para encontrar a su paciente/prisionero en bata, con un brazo ensangrentado, apuntándole con un arma. Perdió el aliento y sus ojos se abultaron.

“Tú debes ser Mia”, dijo Rais. La mujer era probablemente de unos cuarenta años, matrona, con círculos oscuros bajo sus amplios ojos. “Manos arriba”.

Ella lo hizo.

“¿Qué le pasó a Francis?”, preguntó en voz baja.

“Francis está muerto”, le dijo Rais desapasionadamente. “Si quieres unirme a él, haz algo imprudente. Si quieres vivir, escucha atentamente. Voy a salir por esa puerta. Una vez que se cierre detrás de mí, vas a contar lentamente hasta treinta. Entonces vas a ir a mi habitación. Elena está viva, pero necesita tu ayuda. Después de eso, puedes hacer lo que sea para lo que estés entrenada en una situación como ésta. ¿Lo entiendes?”

La enfermera asintió una vez con fuerza.

“¿Tengo tu palabra de que seguirás estas instrucciones? Prefiero no matar mujeres cuando puedo evitarlo”

Ella volvió a asentir con la cabeza, más despacio.

“Bien”. Dio la vuelta alrededor de la estación, tirando de la insignia de la blusa mientras lo hacía y la pasó a través de la ranura para tarjetas a la derecha de la puerta. Una pequeña luz cambió de rojo a verde y el candado hizo clic. Rais abrió la puerta, miró una vez más a Mia, que no se había movido y luego observó como la puerta se cerraba tras él.

Y luego corrió.

Corrió por el pasillo, metiéndose la Sig en los pantalones mientras lo hacía. Bajó por las escaleras hasta el primer piso de a dos por vez y rompió una puerta lateral y entró en la noche suiza. El aire frío le bañó como una ducha limpiadora, y se tomó un momento para respirar libremente.

Sus piernas temblaron y amenazaron con ceder de nuevo. La adrenalina de su fuga estaba desapareciendo rápidamente y sus músculos aún estaban bastante débiles. Tiró del llavero de Francis del bolsillo de la bata y apretó el botón rojo. La alarma de un todoterreno chirriaba, los faros parpadeaban. Rápidamente lo apagó y se apresuró hacia él.

Ellos estarían buscando este auto, él lo sabía, pero no estaría en él por mucho tiempo. Pronto tendría que deshacerse de él, buscar ropa nueva y dirigirse a Hauptpost por la mañana, donde tenía todo lo que necesitaba para escapar de Suiza bajo una identidad falsa.

Y tan pronto como pudiera, encontraría y mataría a Kent Steele.

CAPÍTULO CUATRO

Reid apenas estaba saliendo de la entrada para encontrarse con Maria cuando llamó a Thompson para pedirle que vigilara la casa de los Lawson. “Decidí darles a las niñas un poco de independencia esta noche”, explicó. “No me iré por mucho tiempo. Pero, aun así, mantén un ojo atento y una oreja en el suelo...”

“Claro”, estuvo de acuerdo el viejo.

“Y, uh, si hay algún motivo de alarma, por supuesto, diríjase hasta acá”.

“Lo haré, Reid”.

“Sabes, si no puedes verlas o algo, puedes llamar a la puerta o llamar al teléfono de la casa...”

Thompson se rio. “No te preocupes, lo tengo. Y ellas también. Son adolescentes. Necesitan algo de espacio de vez en cuando. Disfrute de su cita”.

Con la mirada atenta de Thompson y la determinación de Maya de demostrar su responsabilidad, Reid pensó que podía descansar tranquilo sabiendo que las niñas estarían a salvo. Estaría pensando en ello toda la noche.

Tuvo que usar el mapa GPS de su teléfono para encontrar el lugar. Todavía no estaba familiarizado con Alejandría ni con la zona, aunque Maria si lo estaba, gracias a su proximidad a Langley y a las oficinas centrales de la CIA. Aun así, ella había elegido un lugar en el que nunca antes había estado, probablemente como una forma de nivelar el campo de juego, por así decirlo.

En el camino, se perdió dos vueltas a pesar de que la voz del GPS le decía hacia dónde ir y cuándo. Estaba pensando en el extraño flashback que había tenido dos veces – cuando Maya le preguntó si Kate sabía de él, y otra vez cuando olió la colonia que su difunta esposa había amado. Estaba carcomiéndole la parte de atrás de su mente, hasta el punto de que incluso cuando trataba de prestar atención a las direcciones, rápidamente se distraía de nuevo.

La razón por la que era tan extraño era que todos los recuerdos de Kate eran tan vívidos en su mente. A diferencia de Kent Steele, ella nunca lo había dejado; él recordaba haberla conocido. Recordaba haber salido con ella. Recordaba las vacaciones y la compra de su primera casa. Recordaba su boda y los nacimientos de sus hijas. Incluso recordaba sus discusiones – al menos eso creía.

La idea misma de perder cualquier parte de Kate lo sacudió. El supresor de memoria ya había demostrado tener algunos efectos secundarios, como el ocasional dolor de cabeza despreciado por una memoria obstinada – era un procedimiento experimental y el método de eliminación estaba lejos de ser quirúrgico.

¿Y si me hubieran quitado algo más que mi pasado como Agente Cero?

No le gustó la idea en absoluto. Era una pendiente resbaladiza; al poco tiempo estaba considerando la posibilidad de haber perdido también la memoria de los tiempos con sus hijas. E incluso peor era que no había manera de que él supiera la respuesta a eso sin restaurar su memoria completamente.

Todo era demasiado, y sintió un nuevo dolor de cabeza. Conectó la radio y la encendió en un intento de distraerse.

El sol se estaba poniendo cuando entró en el estacionamiento del restaurante, un pub gastronómico llamado The Cellar Door. Estaba llegando tarde por unos minutos. Rápidamente se bajó del auto y trotó hacia el frente del edificio.

Luego detuvo sus pasos.

Maria Johansson era parte de la tercera generación de sueco-estadounidense y su cubierta de la CIA era la de un contador público certificado de Baltimore – aunque Reid pensaba que debería haber sido una modelo de portada o tal vez de un póster central. Ella estaba a una pulgada o dos de su altura de un metro ochenta, con su largo y liso cabello rubio que caía en cascada alrededor de sus hombros sin esfuerzo. Sus ojos eran gris pizarra, pero de alguna manera intensos. Ella estaba afuera

en un clima de doce grados con un simple vestido azul marino con un cuello en V y un chal blanco sobre sus hombros.

Ella lo vio cuando él se acercó y una sonrisa creció en sus labios. “Hola. Cuánto tiempo sin verte”.

“Yo... guau”, dijo. “Quiero decir, uh... te ves genial”. Se le ocurrió que nunca antes había visto a Maria maquillada. La sombra de ojos azul hacía juego con su vestido y hacía que sus ojos parecieran casi luminiscentes.

“Tú tampoco estás mal”. Ella asintió aprobando la elección de su ropa. “¿Deberíamos entrar?”

Gracias, Maya, pensó. “Sí. Por supuesto”. Él agarró la puerta y la abrió. “Pero antes de hacerlo, tengo una pregunta. ¿Qué demonios es un ‘pub gastronómico’?”

Maria se rio. “Creo que es lo que solíamos llamar un bar de mala muerte, pero con comida más elegante”.

“Entendido”.

El interior era acogedor, si no un poco pequeño, con paredes interiores de ladrillo y vigas de madera expuestas en el techo. La iluminación era la de las bombillas de Edison, que proporcionaban un ambiente cálido y tenue.

¿Por qué estoy nervioso? Pensó mientras se sentaban. Conocía a esta mujer. Juntos impidieron que una organización terrorista internacional asesinara a cientos, si no a miles, de personas. Pero esto era diferente; no era una operación o una misión. Esto era placer y, de alguna manera, eso marcaba la diferencia.

Conócela, le había dicho Maya. *Sé interesante*.

“¿Cómo va el trabajo?”, terminó preguntando. Gimió internamente ante su intento a medias.

Maria sonrió con la mitad de su boca. “Deberías saber que no puedo hablar de eso”.

“Cierto”, dijo. “Por supuesto”. Maria era una agente de campo activa de la CIA. Incluso si él también estaba activo, ella no podría compartir los detalles de una operación a menos que él estuviera en ella.

“¿Y tú?”, preguntó ella. “¿Cómo va el nuevo trabajo?”

“No está mal”, admitió. “Soy adjunto, así que es a tiempo parcial por ahora, unas cuantas clases a la semana. Algo de calificación y todo eso. Pero no terriblemente interesante”.

“¿Y las chicas? ¿Cómo la están pasando?”

“Eh... se las están arreglando”, dijo Reid. “Sara no habla de lo que pasó. Y Maya en realidad estaba...” Se detuvo antes de decir demasiado. Confiaba en Maria, pero al mismo tiempo no quería admitir que Maya había adivinado, con mucha precisión, en qué estaba involucrado Reid. Sus mejillas se volvieron rosadas cuando dijo: “Ella se estaba burlando de mí. Sobre que esto es una cita”.

“¿No es así?” preguntó Maria a quemarropa.

Reid sintió que su cara se ruborizaba de nuevo. “Sí. Supongo que sí”.

Ella volvió a sonreír. Parecía que estaba disfrutando de su torpeza. En el campo, como Kent Steele, había demostrado que podía confiar, ser capaz y discreto. Pero aquí, en el mundo real, era tan raro como cualquiera podría ser después de casi dos años de celibato.

“¿Y tú?”, preguntó ella. “¿Cómo lo llevas?”

“Estoy bien”, dijo. “Bien”. Tan pronto como lo dijo, se arrepintió. ¿No había aprendido de su hija que la honestidad era la mejor política? “Eso es mentira”, dijo inmediatamente. “Supongo que no me ha ido tan bien. Me mantengo ocupado con todas estas tareas innecesarias e invento excusas, porque si me detengo lo suficiente para estar a solas con mis pensamientos, recuerdo sus nombres. Veo sus caras, Maria. Y no puedo evitar pensar que no hice lo suficiente para detenerlo”.

Ella sabía exactamente a qué se refería – a las nueve personas que murieron en la única y exitosa explosión que Amón detonó en Davos. Maria se acercó a la mesa y le cogió la mano. Su toque le provocó un hormigueo eléctrico en el brazo e incluso pareció calmar sus nervios. Sus dedos eran cálidos y suaves con relación a los de él.

“Esa es la realidad a la que nos enfrentamos”, dijo ella. “No podemos salvar a todos. Sé que no tienes todos tus recuerdos como Cero, pero si los tuvieras, lo sabrías”.

“Tal vez no quiero saber eso”, dijo en voz baja.

“Lo entiendo. Todavía lo intentamos. Pero pensar que puedes mantener el mundo a salvo del daño te volverá loco. Se llevaron nueve vidas, Kent. Sucedió y no hay forma de volver atrás. Pero podrían haber sido cientos. Podrían haber sido miles. Así es como hay que verlo”.

“¿Y si no puedo?”

“Entonces... ¿encuentra un buen pasatiempo, tal vez? Yo hago tejidos”.

No pudo evitar reírse. “¿Haces tejidos?” No podía imaginar a Maria tejiendo. ¿Usando agujas de tejer como arma para paralizar a un insurgente? Por supuesto que sí. ¿Pero tejer de verdad?

Se sostuvo la barbilla en alto. “Sí, hago tejidos. No te rías. Acabo de hacer una manta que es más suave que cualquier cosa que hayas sentido en toda tu vida. Mi punto es, encontrar un pasatiempo. Necesitas algo para mantener las manos y la mente ocupadas. ¿Qué hay de tu memoria? ¿Alguna mejora allí?”

Él suspiró. “En realidad no. Supongo que no he tenido mucho que hacer. Todavía estoy un poco desorientado”. Dejó el menú a un lado y retorció las manos en la mesa. “Aunque, ya que lo mencionas... tuve algo extraño justo hoy temprano. Un fragmento de algo regresó. Era sobre Kate”.

“¿Oh?” Maria se mordió el labio inferior.

“Sí”. Se quedó callado durante un largo momento. “Las cosas entre Kate y yo... antes de morir. Estaban bien, ¿verdad?”

Maria lo miró fijamente, sus ojos gris pizarra clavados en los suyos. “Sí. Hasta donde yo sé, las cosas siempre fueron muy bien entre ustedes dos. Ella te quería de verdad, y tú a ella”.

Le resultaba difícil mantener su mirada. “Sí. Por supuesto”. Se burló de sí mismo. “Dios, escúchame. En realidad, estoy hablando de mi difunta esposa en una cita. Por favor, no se lo digas a mi hija”.

“Oye”. Los dedos de ella encontraron los suyos de nuevo en la mesa. “Está bien, Kent. Lo entiendo. Eres nuevo en esto y se siente extraño. No soy exactamente una experta aquí tampoco, así que... lo resolveremos juntos”.

Sus dedos permanecían en los de él. Se sintió bien. No, fue más que eso – se sintió correcto. Se rio nerviosamente, pero su sonrisa se desvaneció hasta quedar perplejo cuando una extraña idea le golpeó; esa Maria aún le llamaba Kent.

“¿Qué pasa?” preguntó ella.

“Nada. Estaba pensando... Ni siquiera sé si Maria Johansson es tu verdadero nombre”.

Maria se encogió de hombros tímidamente. “Podría ser”.

“Eso no es justo”, protestó. “Tú conoces el mío”.

“No estoy diciendo que *no* sea mi verdadero nombre”. Ella estaba disfrutando esto, jugando con él. “Siempre puedes llamarme Agente Maravilla, si lo prefieres”.

Se rio. Maravilla era su nombre en clave, para su Cero. Para él era casi una tontería usar nombres en clave cuando se conocían personalmente – pero, de nuevo, el nombre Cero parecía infundir miedo a muchos de los que se había encontrado.

“¿Cuál era el nombre en clave de Reidigger?” preguntó Reid en voz baja. Casi le dolía preguntar. Alan Reidigger había sido el mejor amigo de Kent Steele – *no*, pensó Reid, *era mi mejor amigo* – un hombre de lealtad aparentemente inquebrantable. El único problema era que Reid apenas recordaba nada de él. Todos los recuerdos de Reidigger se habían ido con el implante de memoria, el cual Alan había ayudado a coordinar.

“¿No te acuerdas?” Maria sonrió gratamente al pensarlo. “Alan te dio el nombre de Cero, ¿sabías eso? Y tú le diste el suyo. Dios, no había pensado en esa noche en años. Estábamos en Abu Dabi, creo, saliendo de una operación, borrachos en el bar de un hotel de lujo. Te llamó “Zona Cero”

– como el punto de detonación de una bomba, porque tendías a dejar un desorden detrás de ti. Eso se acortó a Cero, y así quedó. Y tú lo llamaste...”

Sonó un teléfono, interrumpiendo su historia. Reid miró instintivamente su propio celular, acostado sobre la mesa, esperando ver el número de la casa o el número de Maya en la pantalla.

“Relájate”, dijo ella, “soy yo. Lo ignoraré...” Miró su teléfono y su frente se entretejió perpleja. “En realidad, es trabajo. Sólo un segundo”. Ella respondió. “¿Sí? Mm-hmm”. Su mirada sombría se elevó y se encontró con la de Reid. La sostuvo mientras su ceño se hacía más profundo. Lo que sea que se dijera en el otro extremo de la línea claramente no era una buena noticia. “Entiendo. Está bien. Gracias”. Ella colgó.

“Pareces preocupada”, señaló. “Lo sé, lo sé, no puedes hablar de cosas del trabajo...”

“Él escapó”, murmuró ella. “El asesino de Sion, ¿el que está en el hospital? Kent, escapó, hace menos de una hora”.

“¿Rais?” dijo Reid con asombro. Inmediatamente le salió sudor frío de la frente. “¿Cómo?”

“No tengo detalles”, dijo apresuradamente mientras volvía a meter su teléfono celular en su cartera. “Lo siento mucho, Kent, pero tengo que irme”.

“Sí”, murmuró. “Entiendo”. La verdad es que se sentía a cientos de kilómetros de su acogedora mesa en el pequeño restaurante. El asesino que Reid había dejado por muerto – no una vez, sino dos veces – seguía vivo y, ahora, en libertad.

Maria se levantó y, antes de irse, se inclinó y apretó los labios contra los de él. “Volveremos a hacer esto pronto, lo prometo. Pero ahora mismo, el deber me llama”.

“Por supuesto”, dijo. “Ve y encuéntralo. ¿Y Maria? Ten cuidado. Él es peligroso”.

“Yo también”. Ella guiñó el ojo, y luego salió corriendo del restaurante.

Reid se sentó allí solo durante un largo momento. Cuando la camarera se acercó, ni siquiera escuchó sus palabras; sólo hizo un gesto con la mano para indicar que estaba bien. Pero estaba lejos de estar bien. Ni siquiera había sentido el nostálgico hormigueo eléctrico cuando Maria lo besó. Todo lo que podía sentir era un nudo de pavor formándose en su estómago.

El hombre que creía que era su destino matar a Kent Steele había escapado.

CAPÍTULO CINCO

Adrian Cheval aún estaba despierto a pesar de lo tarde que era. Se sentó sobre un taburete en la cocina, con los ojos borrosos y sin parpadear en la pantalla de la computadora portátil frente a él, con los dedos escribiendo frenéticamente.

Se detuvo lo suficiente para escuchar a Claudette bajando suavemente las escaleras alfombradas desde el desván en sus pies descalzos. Su piso en Marsella era pequeño pero acogedor, una unidad final en una calle tranquila a cinco minutos a pie del mar.

Un momento después, su cuerpo delgado y su pelo ardiente aparecieron en su periferia. Ella puso sus manos sobre sus hombros, deslizándolas hacia arriba y alrededor, bajando por su pecho, su cabeza descansando sobre la parte superior de su espalda. “*Mon chéri*”, ronroneó. “Mi amor. No puedo dormir”.

“Ni yo tampoco”, respondió en voz baja en francés. “Hay mucho que hacer”.

Ella le mordió suavemente en el lóbulo de la oreja. “Dime”.

Adrian señaló su pantalla, en la que se veía la estructura cíclica de ARN de doble cadena de la *variola major* – el virus conocido por la mayoría como viruela. “Esta cepa de Siberia es... es increíble. Nunca había visto nada parecido. Según mis cálculos, su virulencia sería asombrosa. Estoy convencido de que lo único que pudo haber impedido erradicar a la humanidad primitiva hace miles de años fue el período glacial”.

“Un nuevo Diluvio”. Claudette gimió un suave suspiro en su oído. “¿Cuánto falta para que esté lista?”

“Debo mutar la cepa, pero manteniendo la estabilidad y la virilidad”, explicó. “No es una tarea sencilla, sino necesaria. La OMS obtuvo muestras de este mismo virus hace cinco meses; no hay duda de que se está desarrollando una vacuna, si es que no lo ha sido ya. Nuestra cepa debe ser lo suficientemente única como para que sus vacunas sean ineficaces”. El proceso se conocía como mutagénesis letal, manipulando el ARN de las muestras que había adquirido en Siberia para aumentar la virulencia y reducir el periodo de incubación. Según sus cálculos, Adrian sospechaba que la tasa de mortalidad del virus *variola major* mutado podría alcanzar hasta el setenta y ocho por ciento – casi tres veces mayor que la de la viruela natural erradicada por la Organización Mundial de la Salud en 1980.

A su regreso de Siberia, Adrian había visitado Estocolmo y había utilizado la identificación del estudiante Renault para acceder a sus instalaciones, donde se aseguró de que las muestras estuvieran inactivas mientras trabajaba. Pero no podía permanecer bajo la identidad de otra persona, así que robó el equipo necesario y regresó a Marsella. Instaló su laboratorio en el sótano sin usar de una sastrería a tres cuerdas de su piso; el amable y viejo sastre creía que Adrian era un genetista que investigaba el ADN humano y nada más, y Adrian mantenía la puerta cerrada con un candado cuando él no estaba presente.

“El Imán Khalil estará contento”, dijo Claudette respirando en su oído.

“Sí”, estuvo de acuerdo Adrian en voz baja. “Estará complacido”.

La mayoría de las mujeres probablemente no estarían muy interesadas en encontrar a su pareja trabajando con una sustancia tan volátil como una cepa altamente virulenta de viruela – pero Claudette no era la mayoría de las mujeres. Ella era pequeña, sólo un metro sesenta y dos para la figura de Adrian de un metro ochenta y dos. Su pelo era de un rojo ardiente y sus ojos tan verdes como la selva más densa, lo que sugiere una cierta serenidad.

Se habían conocido sólo el año anterior, cuando Adrian estaba en su punto más bajo. Acababa de ser expulsado de la Universidad de Estocolmo por intentar obtener muestras de un enterovirus poco común; el mismo virus que le había quitado la vida a su madre unas semanas antes. En ese

momento, Adrian estaba decidido a desarrollar una cura – obsesionado, incluso – para que nadie más sufriera como ella. Pero fue descubierto por la facultad de la universidad y despedido de inmediato.

Claudette lo encontró en un callejón, tirado en un charco de su propia desolación y vómito, medio inconsciente por la bebida. Ella lo llevó a casa, lo limpió y le dio agua. A la mañana siguiente, Adrian se despertó y encontró a una hermosa mujer sentada junto a su cama, sonriéndole mientras le decía: “Sé exactamente lo que necesitas”.

Se giró sobre el taburete de la cocina para mirarla a la cara y corrió con sus manos hacia arriba y hacia abajo por la espalda de ella. Incluso sentado era casi de su altura. “Es interesante que menciones el Diluvio”, señaló. “Sabes, hay estudiosos que dicen que, si el Gran Diluvio realmente hubiera ocurrido, habría sido aproximadamente hace siete u ocho mil años... casi la misma época que esta cepa. Tal vez el Diluvio fue una metáfora, y fue este virus el que limpió al mundo de sus males”.

Claudette se rio de él. “Tus constantes esfuerzos por mezclar la ciencia y la espiritualidad no se me escapan”. Ella tomó su cara suavemente con las manos y besó su frente. “Pero aún no entiendes que a veces la fe es todo lo que necesitas”.

La fe es todo lo que necesitas. Eso fue lo que ella le había recetado el año anterior, cuando él se despertó de su estupor de borracho. Ella lo había acogido y le había permitido quedarse en su piso, el mismo que todavía ocupaban. Adrian no creía en el amor a primera vista antes de Claudette, pero llegó a tener muchas influencias en su forma de pensar. A lo largo de algunos meses, ella le presentó los preceptos del Imán Khalil, un hombre sagrado Islámico de Siria. Khalil no se consideraba ni Sunita ni Chiita, sino simplemente un devoto de Dios – hasta el punto de permitir que su bastante pequeña secta de seguidores lo llamara por el nombre que eligieran, pues Khalil creía que la relación de cada individuo con su creador era estrictamente personal. Para Khalil, el nombre de ese dios era Alá.

“Quiero que vengas a la cama”, le dijo Claudette, acariciando su mejilla con el dorso de su mano. “Necesitas descansar. Pero primero... ¿tienes la muestra preparada?”

“La muestra”. Adrian asintió. “Sí. La tengo”.

Sólo había una pequeña ampolla del virus activo, apenas más grande que una miniatura, sellada herméticamente en vidrio y anidada entre dos cubos de poliestireno, que estaban dentro de un contenedor de acero inoxidable para riesgos biológicos. La caja en sí misma estaba sentada, de manera bastante conspicua, en la encimera de su cocina.

“Bien”, ronroneó Claudette. “Porque estamos esperando visitas”.

“¿Esta noche?” Las manos de Adrian se le cayeron de la parte baja de la espalda. No esperaba que ocurriera tan pronto. “¿A esta hora?” Eran casi las dos de la mañana.

“En cualquier momento”, dijo. “Hicimos una promesa, mi amor, y debemos cumplirla”.

“Sí”, murmuró Adrian. Tenía razón, como siempre. Las promesas no deben romperse. “Por supuesto”.

Un brusco y fuerte golpeteo en la puerta de su piso los asustó a ambos.

Claudette se acercó rápidamente a la puerta, dejando el cierre de cadena puesto y abriéndolo sólo dos pulgadas. Adrian la siguió, mirando por encima de su hombro para ver a los dos hombres del otro lado. Ninguno de los dos parecía amistoso. No sabía sus nombres, y había llegado a pensar en ellos sólo como “los árabes” – aunque, por lo que sabía, podrían haber sido kurdos o incluso turcos.

Uno de ellos habló rápidamente con Claudette en árabe. Adrian no entendía; su árabe era rudimentario en el mejor de los casos, limitado a un puñado de frases que Claudette le había enseñado, pero ella asintió una vez, deslizó la cadena hacia un lado, y les concedió la entrada.

Ambos eran bastante jóvenes, de unos treinta y tantos años de edad, y llevaban barbas negras y cortas sobre sus mejillas teñidas de moca. Llevaban ropa europea, jeans y camisetas y chaquetas ligeras contra el aire frío de la noche; él Imán Khalil no requería ningún atuendo religioso ni coberturas de sus seguidores. De hecho, desde que fueron desplazados de Siria, prefirió que su gente se mezclara siempre que fuera posible – por razones que eran obvias para Adrian, teniendo en cuenta lo que los dos hombres que estaban allí iban a conseguir.

“Cheval”. Uno de los hombres sirios asintió hacia Adrian, casi reverentemente. “¿Adelante? Dinos”. Habló en un francés extremadamente quebrado.

“¿Adelante?” repitió Adrian, confundido.

“Quiere decir que pregunta por tu progreso”, dijo Claudette gentilmente.

Adrian sonrió con suficiencia. “Su francés es terrible”.

“Tu árabe también lo es”, respondió Claudette.

Buen punto, pensó Adrian. “Dile que el proceso lleva tiempo. Es meticuloso y requiere paciencia. Pero el trabajo va bien”.

Claudette retransmitió el mensaje en árabe, y los dos árabes asintieron con la cabeza.

“¿Un pequeño fragmento?”, preguntó el segundo hombre. Parecía que querían practicar su francés con él.

“Han venido por la muestra”, le dijo Claudette a Adrian, aunque él lo había captado del contexto. “¿La buscarás?” Para él estaba claro que Claudette no tenía ningún interés en tocar el contenedor de riesgo biológico, sellado o no.

Adrian asintió, pero no se movió. “Pregúntales por qué Khalil no vino él mismo”.

Claudette se mordió el labio y lo tocó suavemente en el brazo. “Querido”, dijo en voz baja, “Estoy seguro de que está ocupado en otra parte...”

“¿Qué podría ser más importante que esto?” Adrian insistió. Había esperado que el Imán apareciera.

Claudette hizo la pregunta en árabe. La pareja de sirios frunció el ceño y se miraron entre sí antes de responder.

“Me dicen que está visitando al paciente esta noche”, le dijo Claudette a Adrian en francés, “orando por su liberación de este mundo físico”.

La mente de Adrian resplandecía en el recuerdo de su madre, sólo unos días antes de su muerte, tendida en la cama con los ojos abiertos, pero sin darse cuenta. Apenas estaba consciente de la medicación; sin ella habría estado en constante tormento, pero con ella estaba prácticamente en coma. En las semanas previas a su partida, no tenía idea del mundo que la rodeaba. Había rezado a menudo por su recuperación, allí al lado de su cama, aunque a medida que ella se acercaba al final sus oraciones cambiaron y se encontró deseándole una muerte rápida e indolora.

“¿Qué hará con ella?” preguntó Adrian. “La muestra”.

“Él se asegurará de que tu mutación funcione”, dijo Claudette simplemente. “Ya lo sabes”.

“Sí, pero...” Adrian se detuvo. Sabía que no le correspondía cuestionar la intención del Imán, pero de repente tuvo un poderoso deseo de saberlo. “¿La probará en privado? ¿A algún lugar remoto? Es importante no mostrar nuestra mano demasiado pronto. El resto del lote no está listo...”

Claudette le dijo algo rápidamente a los dos sirios, y luego tomó a Adrian de la mano y lo llevó a la cocina. “Mi amor”, dijo en voz baja, “estás teniendo dudas. Dímelo”.

Adrian suspiró. “Sí”, admitió. “Esta es una muestra muy pequeña, no tan estable como serán las otras. ¿Y si no funciona?”

“Lo hará”. Claudette lo rodeó con sus brazos. “Confío plenamente en ti, al igual que el Imán Khalil. Se te ha dado esta oportunidad. Estás bendecido, Adrian”.

Estás bendecido. Esas eran las mismas palabras que Khalil había usado cuando se conocieron. Tres meses antes, Claudette había llevado a Adrian de viaje a Grecia. Khalil, como muchos sirios era un refugiado – pero no un refugiado político, ni un subproducto de la nación devastada por la guerra. Era un refugiado religioso, perseguido tanto por los Sunitas como por los Chiitas por sus nociones idealistas. La espiritualidad de Khalil era una amalgama de los principios Islámicos y algunas de las influencias filosóficas esotéricas del Druso, tales como la veracidad y la transmigración del alma.

Adrian había conocido al hombre sagrado en un hotel de Atenas. El Imán Khalil era un hombre gentil con una sonrisa agradable, que llevaba un traje marrón con su pelo y barba oscuros peinados y limpios. El joven francés se sorprendió levemente cuando, al encontrarse por primera vez, el Imán

le pidió a Adrian que rezara con él. Juntos se sentaron en una alfombra, frente a La Meca, y oraron en silencio. Había una calma que colgaba en el aire alrededor del Imán como un aura, una placidez que Adrian no había experimentado desde que era un niño en los brazos de su entonces sana madre.

Después de la oración, los dos hombres fumaron de un narguile de vidrio y bebieron té mientras Khalil hablaba de su ideología. Hablaron de la importancia de ser fieles a uno mismo; Khalil creía que la única manera de que la humanidad absuelva sus pecados era la verdad absoluta, que permitiría que el alma reencarnara como un ser puro. Le hizo muchas preguntas a Adrian, sobre la ciencia y la espiritualidad por igual. Preguntó por la madre de Adrian, y le prometió que en algún lugar de esta tierra ella había nacido de nuevo, pura, hermosa y saludable. Al joven francés le dio un gran consuelo.

Khalil habló entonces del Imán Mahdí, el Redentor y el último de los Imanes, los hombres santos. Mahdi sería el que llevaría a cabo el Día del Juicio y libraría al mundo del mal. Khalil creía que esto ocurriría muy pronto, y que después de la redención del Mahdi vendría la utopía; cada ser en el universo sería impecable, genuino e inmaculado.

Durante varias horas los dos hombres se sentaron juntos, hasta bien entrada la noche, y cuando la cabeza de Adrian estaba tan nublada como el aire espeso y humeante que se arremolinaba alrededor de ellos, finalmente hizo la pregunta que había estado en su mente.

“¿Eres tú, Khalil?” le preguntó al hombre santo. “¿Eres tú el Mahdi?”

El Imán Kahlil había sonreído mucho ante eso. Tomó la mano de Adrian en la suya y dijo suavemente: “No, hijo mío. *Tú* lo eres. Estás bendecido. Puedo verlo tan claramente como veo tu cara”.

Estoy bendecido. En la cocina de su piso de Marsella, Adrian apretó sus labios contra la frente de Claudette. Ella tenía razón; le habían hecho una promesa a Khalil y debía cumplirse. Recuperó la caja de acero para riesgos biológicos de la encimera y se la llevó a los árabes que la esperaban. Desabrochó la tapa y levantó la mitad superior del cubo de poliestireno para mostrarles el pequeño frasco de vidrio herméticamente sellado que había dentro.

No parecía haber nada en el frasco, lo cual era parte de su naturaleza – ya que era una de las sustancias más peligrosas del mundo.

“Querida”, dijo Adrian al reemplazar el material esponjoso y volver a cerrar la tapa con firmeza. “Necesito que les digas, en términos inequívocos, que bajo ninguna circunstancia deben tocar este frasco. Debe manejarse con sumo cuidado”.

Claudette retransmitió el mensaje en árabe. De repente, el hombre sirio que sostenía la caja parecía mucho menos cómodo que hace un momento. El otro hombre asintió con la cabeza agradeciendo a Adrian y murmuró una frase en árabe, una que Adrian entendió: “Alá está contigo, que la paz sea contigo”, y sin otra palabra, los dos hombres abandonaron el piso.

Una vez que se fueron, Claudette retorció el cerrojo y se puso la cadena de nuevo, y luego se volvió hacia su amante con una expresión de ensoñación y satisfacción en sus labios.

Adrian, sin embargo, estaba arraigado en el lugar, con la cara pálida.

“¿Mi amor?”, dijo ella con cautela.

“¿Qué acabo de hacer?” murmuró él. Ya sabía la respuesta; había puesto un virus mortal en manos no del Imán Khalil, sino de dos desconocidos. “¿Qué pasaría si no lo entregan? Y si se les cae, o se abre, o...”

“Mi amor”. Claudette deslizó sus brazos alrededor de su cintura y presionó su cabeza contra su pecho. “Son seguidores del Imán. Serán cautelosos y lo llevarán a donde debe estar. Ten fe. Has dado el primer paso para cambiar el mundo para mejor. Tú eres el Mahdi. No olvides eso”.

“Sí”, dijo en voz baja. “Por supuesto. Tienes razón, como siempre. Y debo terminar”. Si su mutación no funcionaba como debía, o si no producía el lote completo, no tenía ninguna duda de que sería un fracaso no sólo a los ojos de Khalil, sino también a los de Claudette”. Sin ella se desmoronaría. Él la necesitaba como necesitaba aire, comida o luz solar.

Aun así, no pudo evitar preguntarse qué harían con la muestra – si el Imán Khalil la probaría en privado, en un lugar remoto, o si se haría pública.
Pero se enteraría muy pronto.

CAPÍTULO SEIS

“Papá, no es necesario que me acompañes hasta la puerta cada vez”, se quejó Maya mientras cruzaban Dahlgren Quad hacia Healy Hall, en el campus de Georgetown.

“Sé que no tengo que hacerlo”, dijo Reid. “*Quiero* hacerlo. ¿Qué, te avergüenza que te vean con tu padre?”

“No es eso”, murmuró Maya. El viaje había sido tranquilo, Maya mirando pensativa por la ventana mientras Reid intentaba pensar en algo de lo que hablar, pero se quedó corto.

Maya se acercaba al final de su penúltimo año de secundaria, pero ya había hecho la prueba de sus clases AP y empezaba a tomar algunos cursos a la semana en el campus de Georgetown. Fue un buen salto hacia el crédito universitario y se veía muy bien en una solicitud – especialmente porque Georgetown era su mejor opción actual. Reid había insistido no sólo en llevar a Maya a la universidad, sino también en llevarla a su clase.

La noche anterior, cuando Maria se había visto obligada a interrumpir repentinamente su cita, Reid se había apresurado a volver a casa con sus hijas. Estaba extremadamente perturbado por la noticia de la fuga de Rais – sus dedos habían temblado contra el volante de su coche – pero se obligó a permanecer calmado e intentó pensar con lógica. La CIA ya estaba en la persecución y probablemente también la Interpol. Conocía el protocolo; se vigilarían todos los aeropuertos y se establecerían controles de carretera en las principales calles de Sion. Y Rais ya no tenía aliados a los que recurrir.

Además, el asesino había escapado a Suiza, a más de seis mil kilómetros de distancia. Medio continente y un océano entero se extendían entre él y Kent Steele.

Aun así, sabía que se sentiría mucho mejor cuando recibiera la noticia de que Rais había sido detenido de nuevo. Tenía confianza en la capacidad de Maria, pero deseaba haber tenido la previsión de pedirle que lo mantuviera informado lo mejor que pudiera.

Maya y él llegaron a la entrada de Healy Hall y Reid se quedó. “De acuerdo, ¿supongo que te veré después de clase?”

Ella le miró sospechosamente. “¿No vas a acompañarme?”

“Hoy no”. Tenía la sensación de que sabía por qué Maya estaba tan callada esa mañana. La noche anterior le había dado una pizca de independencia, pero hoy había vuelto a su forma habitual. Tuvo que recordarse a sí mismo que ella ya no era una niña pequeña. “Escucha, sé que te he estado agobiando un poco últimamente...”

“¿Un poco?” se burló Maya.

“...Y lo siento por eso. Eres una joven capaz, ingeniosa e inteligente. Y tú sólo quieres algo de independencia. Reconozco eso. Mi naturaleza sobreprotectora es mi problema, no el tuyo. No es nada que hayas hecho”.

Maya trató de ocultar la sonrisa en su cara. “¿Acabas de usar la frase ‘no eres tú, soy yo’?”

Asintió con la cabeza. “Lo hice, porque es verdad. No sería capaz de perdonarme si algo te pasara y yo no estuviera allí”.

“Pero no siempre vas a estar allí”, dijo ella, “por mucho que te esfuerces por estarlo”. Y necesito ser capaz de ocuparme de los problemas por mí misma”.

“Tienes razón. Haré mi mejor esfuerzo por alejarme un poco”.

Ella arqueó una ceja. “¿Lo prometes?”

“Lo prometo”.

“Está bien”. Se estiró de puntillas y besó su mejilla. “Nos vemos después de clases”. Se dirigió hacia la puerta, pero luego tuvo otra idea. “Sabes, tal vez debería aprender a disparar, por si acaso...”

Apuntó con un dedo hacia ella. “No te pases”.

Ella sonrió y desapareció en el pasillo. Reid estuvo fuera un par de minutos. Dios, sus hijas crecían demasiado rápido. En dos cortos años Maya sería un adulto legal. Pronto habría autos y matrícula universitaria, y... y tarde o temprano habría chicos. Afortunadamente, eso no había sucedido todavía.

Se distrajo admirando la arquitectura del campus mientras se dirigía hacia Copley Hall. No estaba seguro de que se cansaría de pasear por la universidad, disfrutando de las estructuras de los siglos XVIII y XIX, muchas de ellas construidas en estilo Románico Flamenco que florecieron en la Edad Media Europea. Ciertamente ayudó el hecho de que a mediados de marzo en Virginia fuera un punto de inflexión para la temporada, ya que el clima se acercaba y se elevaba hasta los diez grados e incluso hasta los quince en días más agradables.

Su papel como adjunto era típicamente tomar clases más pequeñas, de veinticinco a treinta estudiantes a la vez y principalmente carreras de historia. Se especializó en lecciones de guerra, y a menudo sustituyó al Profesor Hildebrandt, quien era titular y viajaba con frecuencia por un libro que estaba escribiendo.

O tal vez está en secreto en la CIA, musitó Reid.

“Buenos días”, dijo en voz alta al entrar al salón de clases. La mayoría de sus estudiantes ya estaban allí cuando llegó, así que se apresuró a ir al frente, puso su bolso de mensajero en el escritorio y se encogió de hombros al sacarse el abrigo de tweed. “Llego unos minutos tarde, así que vamos a entrar en ello”. Se sintió bien estar en el aula otra vez. Este era su elemento – o al menos uno de ellos. “Estoy seguro de que alguien aquí puede decirme: ¿cuál fue el evento más devastador, por número de muertos, en la historia de Europa?”

“La Segunda Guerra Mundial”, dijo alguien inmediatamente.

“Uno de los peores del mundo, sin duda”, respondió Reid, “pero a Rusia le fue mucho peor que a Europa, según los números. ¿Qué más tienen?”

“La conquista mongola”, dijo una chica morena con una cola de caballo.

“Otra buena suposición, pero ustedes están pensando en conflictos armados. Lo que pienso es menos antropogénico, más biológico”.

“La Peste Negra”, murmuró un niño rubio en la primera fila.

“Sí, eso es correcto, ¿señor...?”

“Wright”, contestó el chico.

Reid sonrió. “¿Sr. Wright? Apuesto a que usas eso como una frase para ligar”.

El niño sonrió tímidamente y agitó la cabeza.

“Sí, el Sr. Wright tiene razón – la Peste Negra. La pandemia de la peste bubónica comenzó en Asia Central, viajó por la Ruta de la Seda, fue llevada a Europa por ratas en barcos mercantes, y en el siglo XIV mató entre setenta y cinco y doscientos *millones* de personas”. Esperó un momento para señalar su punto. “Es una gran disparidad, ¿no? ¿Cómo pueden estar tan extendidos esos números?”

La morena de la tercera fila levantó un poco la mano. “¿Porque no tenían una oficina del censo hace setecientos años?”

Reid y algunos otros estudiantes se rieron. “Bueno, claro, está eso. Pero también se debe a la rapidez con la que se propagó la plaga. Quiero decir, estamos hablando de que más de un tercio de la población de Europa se esfumó en dos años. Para ponerlo en perspectiva, sería como tener toda la Costa Este y California aniquiladas”. Se apoyó en su escritorio y se cruzó de brazos. “Ahora sé lo que estás pensando. ‘Profesor Lawson, ¿no es usted el tipo que viene y habla de la guerra?’ Sí, y estoy llegando a eso ahora mismo”.

“Alguien mencionó la conquista mongola. Genghis Khan tuvo el imperio contiguo más grande de la historia por un breve tiempo, y sus fuerzas marcharon sobre Europa del Este durante los años de la plaga en Asia. Khan es acreditado como uno de los primeros en usar lo que ahora clasificamos como guerra biológica; si una ciudad no cedía ante él, su ejército catapultaba cuerpos infectados por la plaga sobre sus murallas y, luego... sólo tenían que esperar un rato”.

El Sr. Wright, el chico rubio de la primera fila, arrugó la nariz con asco. “Eso no puede ser real”.

“Es real, se lo aseguro. El Asedio de Kafa, en lo que hoy es Crimea, 1346. Verás, queremos pensar que algo como la guerra biológica es un concepto nuevo, pero no lo es. Antes de que tuviéramos tanques o drones, misiles o incluso armas en el sentido moderno, nosotros, uh... ellos, uh...”

“¿Por qué tienes esto, Reid?”, pregunta acusadoramente. Sus ojos están más asustados que enojados.

Al mencionar la palabra “armas”, un recuerdo de repente apareció en su mente – el mismo de antes, pero más claro ahora. En la cocina de su antigua casa en Virginia. Kate había encontrado algo mientras limpiaba el polvo de uno de los conductos del aire acondicionado.

Una pistola en la mesa – una pequeña, una LC9 plateada de nueve milímetros. Kate le hace un gesto como si fuera un objeto maldito. “¿Por qué tienes esto, Reid?”

“Es... sólo por protección”, mientes.

“¿Protección? ¿Sabes siquiera cómo usarla? ¿Y si una de las chicas lo hubiera encontrado?”

“Ellas no...”

“Sabes lo inquisitiva que puede ser Maya. Dios, ni siquiera quiero saber cómo la conseguiste. No quiero esta cosa en nuestra casa. Por favor, deshazte de ella”.

“Por supuesto. Lo siento, Katie”. Katie – el nombre que usas cuando ella se enfada.

Con cuidado sacas el arma de la mesa, como si no estuvieras seguro de cómo manejarla.

Después de que se vaya a trabajar, tendrás que recuperar las otras once escondidas por toda la casa. Encuentra mejores lugares para ellas.

“¿Profesor? El chico rubio, Wright, miraba a Reid preocupado. “¿Se encuentra bien?”

“Um... sí”. Reid se enderezó y aclaró su garganta. Le dolían los dedos; había agarrado el borde del escritorio con fuerza cuando el recuerdo lo golpeó. “Sí, lo siento por eso”.

Ahora no había duda alguna. Estaba seguro de que había perdido al menos un recuerdo de Kate.

“Um... lo siento, chicos, pero de repente no me siento muy bien”, le dijo a la clase. “Me acaba de ocurrir. Dejemos, uh, esto por hoy. Les daré algunas lecturas, y las revisaremos el lunes”.

Sus manos temblaban mientras recitaba los números de página. El sudor le picaba en la frente mientras los estudiantes salían. La chica morena de la tercera fila se detuvo junto a su escritorio. “No tiene buen aspecto, Profesor Lawson. ¿Necesitas que llamemos a alguien?”

Se le estaba formando una migraña en la parte delantera del cráneo, pero forzó una sonrisa que esperaba que fuera agradable. “No, gracias. Voy a estar bien. Sólo necesito descansar un poco”.

“De acuerdo. Que se mejore, Profesor”. Ella también dejó el salón de clases.

Tan pronto como estuvo solo, cavó en el cajón del escritorio, encontró algunas aspirinas y se las tragó con agua de una botella en su bolso.

Se sentó en la silla y esperó a que su ritmo cardíaco disminuyera. La memoria no sólo había tenido un impacto mental o emocional en él – sino que también tuvo un efecto físico muy real. La idea de perder cualquier parte de Kate de su memoria, cuando ya había sido tomada de su vida, era nauseabunda.

Después de unos minutos, la sensación de malestar en sus entrañas comenzó a disminuir, pero no los pensamientos que se arremolinaban en su mente. No podía poner más excusas; tenía que tomar una decisión. Tendría que determinar lo que iba a hacer. De regreso a casa, en una caja en su oficina, tenía la carta que le decía dónde podía ir a buscar ayuda – un doctor suizo llamado Guyer, el neurocirujano que le había instalado el supresor de memoria en la cabeza en primer lugar. Si alguien podría ayudar a restaurar sus recuerdos, sería él. Reid había pasado el último mes vacilando de un lado a otro sobre si debía o no intentar recuperar su memoria completamente.

Pero partes de su esposa se habían ido, y él no tenía forma de saber qué más podría haber sido eliminado con el supresor.

Ahora estaba listo.

CAPÍTULO SIETE

“Mírame”, dijo el Imán Khalil en árabe. “Por favor”.

Tomó al niño por los hombros, en un gesto paternal, y se arrodilló un poco, de modo que estaba cara a cara con él. “Mírame”, dijo de nuevo. No era una demanda, sino una petición amable.

Omar tenía dificultades para mirar a Khalil a los ojos. En cambio, miró su barbilla, la barba negra recortada, afeitada delicadamente en el cuello. Miró las solapas de su traje marrón oscuro, que no era ni mucho menos caro ni más fino que la ropa que Omar había usado jamás. El hombre mayor olía bien y le hablaba al chico como si fueran iguales, con un respeto que nadie le había mostrado antes. Por todas estas razones, Omar no se atrevía a mirar a Khalil a los ojos.

“Omar, ¿sabes lo que es un mártir?”, preguntó. Su voz era clara pero no fuerte. El niño nunca había oído gritar al Imán.

Omar negó con la cabeza. “No, Imán Khalil”.

“Un mártir es un tipo de héroe. Pero es más que eso; es un héroe que se entrega por completo a una causa. Un mártir es recordado. Un mártir es celebrado. Tú, Omar, *tú* serás celebrado. Serás recordado. Serás amado para siempre. ¿Sabes por qué?”

Omar asintió ligeramente, pero no habló. Creía en las enseñanzas del Imán, se había aferrado a ellas como un salvavidas, más aún después del bombardeo que mató a su familia. Incluso después de haber sido expulsado de su tierra natal, Siria, por los disidentes. Sin embargo, tuvo algunos problemas para creer lo que el Imán Khalil le había dicho hace sólo unos días.

“Estás bendecido”, dijo Khalil. “Mírame, Omar”. Con mucha dificultad, Omar levantó la mirada para ver los ojos marrones de Khalil, suaves y amigables, pero de alguna manera intensos. “Tú eres el Mahdí, el último del Imán. El Redentor que librára al mundo de sus pecadores. Eres un salvador, Omar. ¿Lo entiendes?”

“Sí, Imán”.

“¿Y tú lo *crees*, Omar?”

El chico no estaba seguro de que lo hiciera. No se sentía especial, ni importante, ni bendecido por Alá, pero aun así respondió: “Sí, Imán. Lo creo”.

“Alá me ha hablado”, dijo Khalil en voz baja, “y me ha dicho lo que debemos hacer. ¿Recuerdas lo que se supone que tienes que hacer?”

Omar asintió. Su misión era bastante simple, aunque Khalil se había asegurado de que el chico no tuviera dudas sobre lo que significaría para él.

“Bien. Bien”. Khalil sonrió ampliamente. Sus dientes estaban perfectamente blancos y brillando bajo el sol brillante. “Antes de separarnos, Omar, ¿me harías el honor de rezar conmigo un momento?”

Khalil extendió la mano y Omar la tomó. Era cálida y suave en la suya. El Imán cerró los ojos y sus labios se movieron con palabras silenciosas.

“¿Imán?” dijo Omar casi susurrando. “¿No deberíamos mirar hacia La Meca?”

Otra vez Khalil sonrió ampliamente. “Hoy no, Omar. El único Dios verdadero me concede una petición; hoy miro hacia *tí*”.

Los dos hombres permanecieron allí durante un largo momento, rezando en silencio y mirando el uno hacia el otro. Omar sintió el cálido sol en su rostro y, durante el minuto de silencio que siguió, pensó que sentía algo, como si los dedos invisibles de Dios acariciaran su mejilla.

Khalil se arrodilló un poco mientras estaban a la sombra de un pequeño avión blanco. El avión sólo podía acomodar a cuatro personas y tenía hélices sobre las alas. Era lo más cerca que había estado Omar de uno de ellos – aparte del viaje de Grecia a España, era la única vez que Omar había estado en un avión.

“Gracias por eso”. Khalil deslizó su mano de la del chico. “Debo irme ahora, y tú también debes irte. Alá está contigo, Omar, que la paz sea con Él, y que la paz sea contigo”. El hombre mayor le sonrió una vez más, y luego se giró y subió por la rampa corta hasta el avión.

Los motores se pusieron en marcha, lloriqueando al principio y luego se elevaron a un rugido. Omar dio varios pasos hacia atrás mientras el avión descendía por la pequeña pista de aterrizaje. Observó cómo aceleraba, cada vez más rápido, hasta que se elevó en el aire y finalmente desapareció.

Solo, Omar miró hacia arriba, disfrutando del sol en su cara. Era un día cálido, más cálido que la mayoría en esta época del año. Luego comenzó la caminata de cuatro millas que lo llevaría a Barcelona. Mientras caminaba, metió la mano en su bolsillo, sus dedos suaves pero protectores envolvían el pequeño frasco de vidrio que había en ellos.

Omar no pudo evitar preguntarse por qué Alá no había acudido a él directamente. En vez de eso, su mensaje había sido pasado a través del Imán. *¿Lo habría creído?* Omar pensó. *¿O lo habría pensado como un sueño?* El Imán Khalil era santo y sabio, y reconoció las señales cuando se presentaron. Omar era un joven, ingenuo, de sólo dieciséis años, que sabía poco del mundo, especialmente del Occidente. Tal vez no era apto para escuchar la voz de Dios.

Khalil le había dado un puñado de euros para que se los llevara a Barcelona. “Tómate tu tiempo”, había dicho el hombre mayor. “Disfruta de una buena comida. Te mereces esto”.

Omar no hablaba español, y sólo unas pocas frases rudimentarias en inglés. Además, no tenía hambre, así que en lugar de comer cuando llegó a la ciudad, encontró un banco que miraba a la ciudad. Se sentó sobre él, preguntándose por qué aquí, de todos los lugares.

Ten fe, diría el Imán Khalil. Omar decidió que lo haría.

A su izquierda estaba el Hotel Barceló Raval, un extraño edificio redondo adornado con luces moradas y rojas, con jóvenes bien vestidos entrando y saliendo por sus puertas. No lo supo por su nombre; sólo sabía que parecía un faro, atrayendo a los pecadores opulentos como una llama atrae a las polillas. Le dio fuerza para sentarse ante él, reforzando su creencia de que podría hacer lo que debía hacer después.

Omar tomó cuidadosamente el frasco de vidrio de su bolsillo. No parecía que hubiera nada dentro, o quizás lo que había dentro era invisible, como el aire o el gas. No importaba. Sabía bien lo que se suponía que tenía que hacer con él. El primer paso estaba completo: entrar en la ciudad. El segundo paso lo realizó en el banco a la sombra del Raval.

Pellizcó la punta cónica de vidrio del frasco entre dos dedos y, con un pequeño pero rápido movimiento, la rompió.

Un pequeño trozo de vidrio se incrustó en su dedo. Vio cómo se formaba una gota de sangre, pero resistió el impulso de meterse el dedo en la boca. En cambio, hizo lo que se le dijo que hiciera – puso el frasco en una fosa nasal e inhaló profundamente.

Tan pronto como lo hizo, un nudo de pánico se apoderó de su intestino. Khalil no le había dicho nada específico sobre qué esperar después de eso. Simplemente se le había dicho que esperara un rato, así que esperó e hizo todo lo posible por mantener la calma. Vio a más gente entrar y salir del hotel, cada uno vestido con ropa ostentosa y lujosa. Era muy consciente de su humilde vestimenta; su suéter desgastado, sus mejillas irregulares, su pelo que crecía demasiado largo, rebelde. Se recordó a sí mismo que la vanidad era un pecado.

Omar se sentó y esperó a que algo sucediera, para sentirlo trabajando dentro de él, lo que “sea” que fuera.

No sintió nada. No había diferencia.

Pasó una hora entera en el banco, y luego por fin se levantó y caminó a un ritmo pausado hacia el noroeste, alejándose del hotel cilíndrico de color púrpura y adentrándose más en la ciudad propiamente dicha. Bajó por las escaleras hasta la primera estación de metro que encontró. Ciertamente no sabía leer español, pero no necesitaba saber adónde iba.

Compró un billete con los euros que Khalil le había dado y se quedó parado en el andén sin hacer nada hasta que llegó el tren. Sin embargo, no se sentía diferente. Quizás había juzgado mal la naturaleza de la entrega. Aun así, había una última cosa que debía hacer.

Las puertas se abrieron y entró, moviéndose casi codo a codo con la multitud que estaba abordando. El tren del metro estaba bastante ocupado; todos los asientos estaban ocupados, así que Omar se puso de pie y se agarró a una de las barras metálicas que corrían paralelas a la longitud del tren, justo encima de su cabeza.

Su instrucción final era la más simple de todas, aunque también la más confusa para él. Khalil le había dicho que subiera a un tren y que lo “pasara hasta que ya no pudiera más”. Eso era todo.

En ese momento Omar no estaba seguro de lo que eso significaba. Pero a medida que su cabeza empezó a picar con el sudor, su temperatura corporal subió y las náuseas se elevaron en su estómago, comenzó a tener sospechas.

A medida que pasaban los minutos y el tren se balanceaba y se agitaba sobre los rieles, sus síntomas empeoraban. Sentía como si fuera a vomitar. El tren se detuvo en la siguiente estación y, a medida que la gente subía o bajaba, Omar se agitaba violentamente. Los pasajeros se alejaron de él con asco.

Su estómago se sentía como si se hubiera atado a un nudo doloroso. A mitad de camino a la siguiente estación tosió en su mano. Mientras la sacaba, sus temblorosos dedos estaban húmedos en sangre oscura y pegajosa.

Una mujer de pie a su lado se dio cuenta. Dijo algo bruscamente en español, hablando rápidamente, con los ojos muy abiertos y conmocionados. Señaló las puertas y parloteó. Su voz se distanció al empezar a oír un chillido agudo en los oídos de Omar, pero se dio cuenta de que ella le exigía que se bajara del tren.

Cuando las puertas se abrieron de nuevo, Omar se tropezó y casi se cayó en el andén.

Aire. Necesitaba aire fresco.

Alá ayúdame, pensó desesperadamente mientras se tambaleaba hacia las escaleras que conducían al nivel de la calle. Su visión se volvió borrosa con lágrimas, sus ojos se inundaban involuntariamente.

Sus entrañas gritaban de dolor, tenía sangre pegajosa en los dedos, Omar finalmente entendió su papel como el Mahdi. Él iba a liberar la peste sobre este mundo – comenzando por eliminar sus propios pecados.

*

“¡Perdón!”

Marta Medellín se mofó cuando el joven se topó con ella bruscamente. Parecía tener poca o ninguna consideración por los demás en la calle. Mientras él se acercaba, con los ojos muertos y tambaleándose, su hombro izquierdo se sumergió y chocó con el de ella, y ella siseó un duro “*¡Disculpe!*” en español. Sin embargo, él no le prestó atención y siguió adelante.

Habiendo criado ella misma a dos hijos, Marta no era ajena a la conducta grosera. La forma en que este niño se tambaleaba sugería que podría haber estado borracho, ¡y sin embargo parecía ser apenas un adulto! *Vergonzoso*, pensó ella.

Por lo general, no le habría echado una segunda mirada al joven grosero – no merecía su atención, chocándose con ella de esa manera y sin disculparse – pero entonces oyó una tos; una tos profunda, con un traqueteo en el pecho, un estruendo de una tos que, para alguien que estaba en su posición, llamaba la atención de inmediato y de manera urgente.

Marta se giró al oírlo justo a tiempo para ver cómo le cedían las piernas. Él se desplomó sobre la acera mientras los transeúntes gritaban sorprendidos o saltaban hacia atrás. Ella, por otro lado, corrió y se arrodilló al lado del chico.

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «ЛитРес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на ЛитРес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.